

AL FILO
DE LAS PALABRAS
Antología

■

■
1000
LETRAS
■

Primera edición: 2024

©Copyright de la obra: Escritores 2020

©Copyright de esta edición: 1000 Letras

ISBN: 978-84-12862027

Depósito Legal: TF 610-2024

Corrección: Elena García

Ilustraciones y diseño: Gladys de Armas y Esther López Díaz

©Editorial 1000 Letras

www.1000letras.es

Derechos reservados para todos los países.

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

| | |
|-------------------------------------|----|
| ■ Prólogo AL FILO DE LAS PALABRAS | 9 |
| ■ Gladys de Armas | 15 |
| ■ Álvaro Rodríguez Pérez | 17 |
| ■ Madre | 19 |
| ■ ¡Canto a Járkov! | 20 |
| ■ Tocando tu alma | 21 |
| ■ Verano | 22 |
| ■ Fuego | 24 |
| ■ La vida es bella | 26 |
| ■ Cayaya Gonzáles Alonso | 29 |
| ■ Pagas por tu maldad. Inconcebible | 31 |
| ■ Los animales también tienen alma | 37 |
| ■ La inocencia de los niños | 40 |
| ■ Cristi Rodríguez Gil | 47 |
| ■ Quiero vestirme libre | 49 |
| ■ Del refugio al mar | 51 |
| ■ Como el dolor de un parto | 52 |
| ■ Félix Buergo Babío | 53 |
| ■ Canción infantil | 55 |
| ■ Un año | 56 |
| ■ Ppregunta | 57 |
| ■ Eres Celia (I) | 58 |
| ■ Eres Celia (II) | 58 |
| ■ Eres Celia (III) | 58 |
| ■ Fernando Rodríguez Gil | 67 |
| ■ El eterno lugar de la infancia | 69 |
| ■ ¿Por qué tú? | 71 |
| ■ Esperándote | 73 |
| ■ Desnudo | 74 |

| | |
|--|-----|
| ▪ Alegoría de lo imposible | 76 |
| ▪ Llegar a ti | 78 |
| ▪ Susurro | 79 |
| ▪ Gracita González Marrero | 81 |
| ▪ Con el corazón | 83 |
| ▪ Canción a la virgen | 84 |
| ▪ A la Virgen de Candelaria | 85 |
| ▪ En un banco solitario | 86 |
| ▪ Isa Afonso Peraza | 87 |
| ▪ Heroína de pilates | 89 |
| ▪ José María García Plata | 91 |
| ▪ Guajara | 93 |
| ▪ La Pesca | 100 |
| ▪ El barco en derrotero | 106 |
| ▪ Una copa de vino y una rosa | 107 |
| ▪ Juan Carlos Chávez Mora | 109 |
| ▪ Desquicie | 111 |
| ▪ El tipo de la capucha negra | 113 |
| ▪ La presencia | 114 |
| ▪ El osito de peluche | 115 |
| ▪ Intriga | 116 |
| ▪ I, II, | 119 |
| ▪ III, IV | 120 |
| ▪ V, VI | 121 |
| ▪ VII, VIII | 122 |
| ▪ Lourdes Torrecilla Rodríguez | 123 |
| ▪ Tiene | 125 |
| ▪ Relato en defensa del gato | 126 |
| ▪ María García Bello | 133 |
| ▪ El arte del barro unido a las letras | 135 |
| ▪ Retorno | 138 |

| | |
|---------------------------------------|-----|
| ▪ No soy tus prejuicios | 139 |
| ▪ Mi acento | 140 |
| ▪ Teoría del cielo | 141 |
| ▪ Descripción de una col | 142 |
| ▪ La Candidata | 143 |
| ▪ El pasillo | 144 |
| ▪ Mónica Figuera Dorta | 145 |
| ▪ Historias de araya y las cuevecitas | 147 |
| ▪ Paqui Jiménez | 149 |
| ▪ Hermosas cicatrices | 151 |
| ▪ Sara Díaz Tavío | 153 |
| ▪ Canarias | 155 |
| ▪ Los ángeles y los belenes | 156 |
| ▪ Tere Herrera González | 161 |
| ▪ Poema N.º 1 | 163 |
| ▪ Poema N.º 2 | 164 |
| ▪ Poema N.º 3 | 165 |
| ▪ Poema N.º 4 | 166 |
| ▪ Poema N.º 5 | 167 |
| ▪ Toñi Alonso | 169 |
| ▪ Mi cuerpo | 171 |
| ▪ Después del silencio | 172 |
| ▪ Mi madre | 175 |
| ▪ Cadáver exquisito | 178 |
| ▪ Cadáver exquisito | 179 |

*Nuestro más sincero agradecimiento a Sara,
por su dedicación en este libro.*



Prólogo

AL FILO DE LAS PALABRAS

Regresar a la isla de mis ancestros, me dio la oportunidad de recrear paisajes de la infancia lejana, y lazos de sangre que me ayudan a definir quién soy, experiencias que agradezco por siempre.

También pude conocer y establecer comunicación con las personas que han aceptado la pasión por las palabras, y conforman la generación actual de escritores de Candelaria.

He leído con detenimiento los textos del grupo 2020. Es un honor que me complace, presentar en forma de prólogo, esta obra que considero una sinfonía de voces que expresan verdad y belleza.

En estas páginas se intercalan versos sostenidos por una delicada cadencia:

Quisiera ser trigo
que dore
el sol
todos los días,
no un rostro yerto
ni tierra baldía.

Desde el balcón de mi alma, veo el paisaje, quiero abrir los brazos, respirar el aire y caminar despacio. Al fin y al cabo, los mejores regalos no vienen en papeles de colores, están sin envoltorios en el camino, al lado de las piedras y los troncos de los árboles.

La cualidad que concede unidad a esta obra es la celebración de la vida y se halla en el canto a la tierra, al amor, a la ausencia, al mar, cuyo azul sostiene esta tierra de volcanes y vides, en su efluvio de sal y de iodo.

No tengo otra manera de retribuir este honor sino tejiendo con palabras, que saqué de sus propias escrituras, versos para que sean un eco del cántico enamorado que ustedes entonan.

Mar

creada en un sueño de verano
al calentar los corazones.

Mar

de volcanes flotando en las olas.

Flamboyanes de espuma

fuego divino

guía de fogaleras

para los gorriones

que vendrán por allí.

La iluminada del más allá

acumula sus penas

su violencia

y su muerte.

Ven el mar

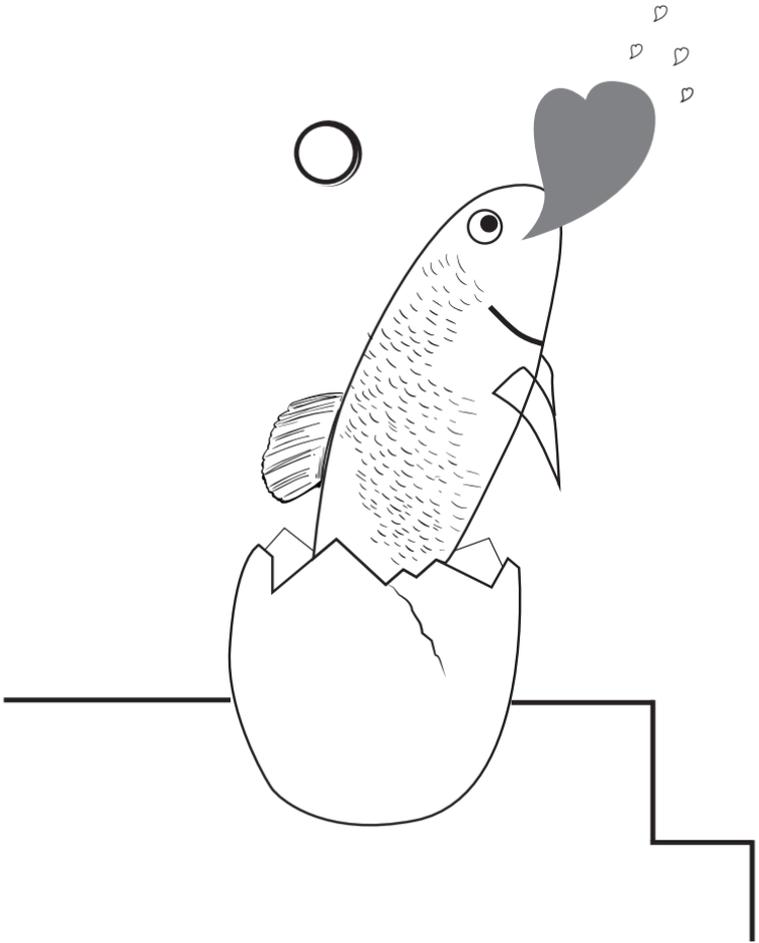
desde todos los rincones de su cuerpo

mientras el sol

entra en las hojas que tiritan

cuando intentan arrancarle el corazón.
El mar se escucha
en el azul de su voz
 al explotar el alma
 como una punzada en el pecho
arrancando sus alas
 para no dejarlo escapar.
Mas vuela
con los muñones de la espalda
 como un recuerdo de las alas
de cuando se eleva a quemarropa
 para coser el alma
 para cerrar el cuerpo
cuando el mar hace sombras en los armarios.
 Velas y aguas de mar
 en la mesa de noche
junto con la admiración
 a las mujeres de la infancia
 heroínas con pañuelos
 y sombreros de paja.
Canarias corre por las atarjeas.
 Los caminos se descomponen.
 Mientras ellas menguan con los años
 de sus ojos salen
 muertos con brazos de sarmientos
 atravesando los recuerdos
 por siempre.
Espero que sus propias palabras le resuenen en el corazón a
través de la poesía.

Marisol Marrero Higuera
Caracas, el equinoccio de primavera de 2024.



GLADYS DE ARMAS

Los dibujos que acompañan a estas letras son autoría de Gladys de Armas, que generosamente ha participado en esta primera antología, con la que se estrena el grupo de Escritores 2020.

Gladys de Armas nació en Tenerife, aunque no tardó en trasladarse a Venezuela con sus padres. No obstante, regresó a su isla natal por motivos de salud, y es en ella donde paso toda su infancia con su abuela hasta que, repuesta del todo, volvió a Venezuela con el resto de su familia. Allí comenzó estudios de Música, Magisterio y Bellas Artes. Siempre vinculada al mundo del arte y la cultura, generosa y sensible, Gladys vuelca en sus dibujos y cuadros una personalidad especial.

A su regreso a Tenerife estudió pintura en la Academia de Néstor Santana, y es que su pasión por las artes en general la llevó hasta la escultura.

Más tarde, estudió Artes Aplicadas a la escultura en la Escuela Fernando Estévez.

La suma de certámenes y exposiciones en las que ha participado se acercan ya a las sesenta.

En 1990, recibió el Primer Premio de Pintura Óscar Domínguez.

Y, en 1993, fue seleccionada para realizar el cartel del Carnaval.

Sus cuadros han sido finalistas en otros concursos y su obra se halla repartida por diferentes capitales mundiales como Londres, Madrid, París, Roma, Caracas, México... En la actualidad, Gladys es miembro de la "Tertulia Amigos del 25 de julio".



ÁLVARO

Álvaro Rodríguez Pérez pasó su juventud en La Palma. Con diecisiete años empezó a estudiar Pedagogía en la Universidad de la Laguna. Terminada su carrera, preparó las oposiciones para profesor. En la actualidad, da clases a adultos en el CEPA.

Escribe poesía y relatos cortos desde muy joven. Ha publicado poemas en el periódico *el Día*, en el *Diario de Avisos*, etc.

Participó en la tertulia Alisios de Verso y Prosa. Además de colaborar en la *Antología la Casa del Parque*. y otras como: *Voces de Mar y Abrazos a Benahoare*.

Álvaro también ha formado parte de las tertulias Hespérides y Huellas.

A día de hoy, pertenece a las tertulias poéticas Luis Ferra y Poemas al Viento.

Y comparte tertulia con el grupo de amigos Escritores 2020.

Su primer libro en solitario se titula *Emociones*.



MADRE

Se oye, se comenta,

se siente se desea.

La semilla se planta,

enraíza y pega.

El volumen del árbol de la vida, va

aumentando.

Pon, pon, pon, ecografía.

El corazón se ve como una estrella dorada. Emoción,

desespero, alegría.

Luego, antojos, mimos, caricias y música celestial empieza a

crecer dentro de tu vientre.

Más belleza. Todo crece, todo rebosa. Ya

el árbol empieza a florecer.

Por fin el fruto: la eclosión. Cordón umbilical, encima

de tu pecho, ya el ángel ha regresado. Eres el ser más

feliz del universo y siempre dirás: «la experiencia más bella de

mi vida».

Después, la lactancia.

Gracias, madres, precursoras de la vida.

Dios las bendiga.

¡CANTO A JÁRKOV!

¡Ya no estás, no existes! El metaverso de la odiosa guerra se ha adueñado de vosotros. Oscuridad, cenizas, muerte. Destrucción. La ira, el odio, la locura se ha instalado en los hombres.

El símbolo del dios Mercurio, con serpientes plateadas, te ha abandonado.

Cuando muera, enterradme en una tumba alta en medio de la estepa de mi adorada Járkov.

Tantas lágrimas derramadas.

¡Las cadenas que os atan quebrantad y, con la impura sangre derramada, la libertad sagrada salpicad!

El verde, el azul, el ocre, se han transformado en el fuego de la barbarie. Cuatro mil años se han borrado, transformándose en nubes de dolor.

TOCANDO TU ALMA

Denotas tristeza. Sí, te
crearon un sueño; nos
crearon tu sueño. Te
entiendo. Viviste en
orfanatos, siempre
buscando el amor que no
tuviste de pequeña.

De mayor, te recrearon.
Fuiste carne de cañón.
Una mera mercancía,
un símbolo sensual.

¿Fuiste feliz?
Nunca lo sabré.

Yo vi en ti una gran actriz,
un alma pura, una niña en
manos de hombres sin escrúpulos.

Y, al final, cuando ya no interesabas.
Eras incómoda.
¡Esos mismos hombres te
asesinaron sin piedad!

Solo espero que, desde el cielo, me
digas, que sí, que tengo razón. Ahí
estarás mirándome y diciéndome:
¡Aquí soy libre por fin!

En recuerdo de Marilyn Monroe, nacida el 1 de junio de 1926

VERANO

Por los Balcanes de la Gloria apareces, eres calor, eres vida, eres amor.

Amigo verano, te amo, porque calentarás mi corazón, calentarás los bosques y los canales dirigidos al infinito.

Amigo verano, crecerán contigo nuevas esperanzas, el calor, el fuego: espiritualiza el alma.

Las plantas, los atardeceres, las hogueras florecerán en tu búsqueda.

Amaranto, escarlata, carmesí, rubí, bermellón aparecerán contigo.

Akenatón te esperaba con impaciencia. Eres fuerza, eres vida, eres el perfecto amigo de sueños de una noche armada de amor fogoso y desesperado.

Amigo verano llevaba esperándote mucho tiempo. Hoy me siento pleno, ha entrado el solsticio, las cabañuelas esperan.

Amigo verano, las playas, los lagartos, los girasoles, los flamboyanes serán más felices mañana.

Chalinas, gorros de lana, ponchos
aguardan toda la noche el frío. Sí...
esperan los primeros rayos del sol. Ellos,
ancestrales indígenas de Tiahuanaco,
saben que el sol los cura y les da ánimos,
armonía, paz. El grito del UNIVERSO
los avisa:

¡LEVANTAD LAS MANOS Y QUE ENTREN LOS
PRIMEROS RAYOS DEL SOL POR ELLAS!

FUEGO

Esta noche todos nos
convertiremos en fuego divino,
transformándonos en humo blanco
que volará por las estrellas, que
volará por las nebulosas, que
volará por las galaxias para nunca
volver...

Volver para qué. Arriba estaremos
límpidos, llenos de amor celestial.
Nuestras almas se unirán todas en una
sola, encontrando el regocijo del Paraíso.

Aquí abajo hay mucho ruido, mucha neurosis
mucha preocupación... Necesitamos calma,
paz interior, para llorar cuando llega el alba,
para cuando gotea el alféizar y sentimos esa
hora en nuestros labios, deseosos del amor
por el desierto.

Beduinos de la esperanza dadnos agua,
aunque sea de camellos perpetuos,
llenad nuestro interior de líquido... de
líquido para refrescar el odio, la rabia y
volver al encuentro de la flor.

Disfrutaremos de las hogueras, será una noche diferente, dejaremos lo malo y cogemos lo bueno. Rituales haremos, pediremos ornamentos hermosos para la nueva vida, para la nueva luz. Purificaremos nuestros cuerpos con agua salada.

Un hombre nuevo nos espera. Un ser sin miedo, sin culpa, sin esperar nada, sin temer nada... así como no espera nada el jacarandá, el flamboyán; solo disfrutar del momento presente.

LA VIDA ES BELLA

¿Todavía no has comprendido que para hacerme feliz hace falta muy poco? Un buen helado de chocolate, quizá dos, un paseo por el bosque y que pase lo que tenga que pasar.

Una hoguera, un beso, una charla...
Inmortal Afrodita la del trono pintado, la hija de Zeus, tejedora de amores.

Te lo ordeno, acude a mí tras prestar tus carros que conducirán lindos los hermosos gorriones sobre la tierra oscura, batiendo en raudo movimiento, ritmos sus alas desde el cielo.

Eros me sacudió el alma como un viento que en las montañas sacude los árboles.

La vida es bella cuando damos amor sin esperar nada a cambio, sin temer nada.

Los hermosos gorriones te traerán
de nuevo y llamarás impronta a
los amantes para que vuelvan a
sentir la saliva fresca de sus
besos, la paz de sus caricias Esta
noche me siento pleno, la
hoguera ha transformado mi vida.
He sentido el ardor del fuego y
mi alma ha sentido la tuya.



CAYAYA

María Candelaria González Alonso nació un 29 de noviembre, en Santa Cruz de Tenerife.

En 2019 publicó su primer libro *A Través de tus ojos*.

Hace muchos años descubrió que tenía un don y, desde entonces, lo utiliza como recurso de ayuda.

En su obra vemos reflejadas las experiencias vividas a lo largo de los años. Ahora pertenece al grupo de *Escritores 2020*.



PAGAS POR TU MALDAD. INCONCEBIBLE

Voy a contaros una historia relativa a una de una de las experiencias más insólitas que he visto y, sin duda, la que más ha afectado a mi trayectoria. Omitiré los nombres propios y sus procedencias, ya que es un caso bastante delicado. A su protagonista la llamaré Equis.

Una tarde acudieron a mí dos chicas, una de ellas venía con mucho interés y expectación por saber detalles sobre su pasado y algunos aspectos de su vida en general.

Como siempre, llamé a «mis confidentes del Más Allá» para empezar con las indagaciones. Pronto sentí su presencia y miré en dirección a Equis.

En el momento en que entablamos conversación y ella me habló de sus cosas, sentí la presencia de sus familiares fallecidos. Se presentaron dos. Mis confidentes me advirtieron sobre uno de ellos y me pidieron que no le dejase pasar a la sesión. Por lo que así lo hice.

Le comenté a Equis lo bueno y lo malo que le podía ocurrir en el presente y en un futuro cercano; le hablé también de su pasado y del sufrimiento que interiorizaba, y que no la dejaba sanar.

Mostró sumo interés por lo que yo le decía, pero había algo que le costaba exteriorizar. Su mirada, nerviosa e inquieta, me señalaba que quería saber algo más; algo que necesitaba confirmar, a pesar de sus sospechas y del dolor que le suponía constatar la verdad.

Mi intuición me decía lo que ella quería que yo le desvelara o, más bien, que reafirmara su sospecha, y abiertamente le dije:

—Creo que ya está todo. No sé si deseas preguntarme algo más...

—Me has hablado de mis familiares fallecidos, que han venido, me hablaste de mi vida y tus confidentes se han portado muy bien, pues me han aconsejado, pero falta alguien de mi familia que no has nombrado...

—¿Te refieres a un hombre alto y con grandes entradas en el pelo?

—Sí, ese... mi padre.

Su tono fue despectivo, aunque no me extrañó, ya que mientras le estuve trasmitiendo los mensajes que me comunicaban mis confidentes planeaba una escala de dolor que causaba mucho sufrimiento, incluso a mí se me hizo un nudo en el estómago.

—Mira, Equis... Cuando llamé a tus familiares fallecidos, entre ellos estaba ese hombre, pero no lo dejé entrar. Mis confidentes del Más Allá me sugirieron que no lo dejara pasar. No era buena idea, ni digno de estar en mi casa y, si ellos me dicen que no, yo siempre escucho y acato sus consideraciones.

—Pero ¡yo quiero hablar con él!

Equis estaba enfadada. Su odio la superaba e insistía en que le dejase entrar. Repetía, una y otra vez, que quería hablar con él. Necesitaba reprocharle, acusarle, insultarle, volcar toda su ira y su odio sobre él, a pesar de lo que le había dicho yo. Me preocupaba un poco.

—Equis, no lo voy a dejar entrar. Mi casa está protegida para que muertos como él no puedan acceder, por si no lo pudiese controlar. Si estuviera Francis, mi marido, me arriesgaría, porque él si sabe lo que tiene que hacer cuando la situación me supera. A ver... vamos a intentar darte una solución y que puedas comunicarte, pero, por medio de mis confidentes, sin que él entre en mi casa.

Le pedí a la mujer de la vida y a la gitana que le explicaran la situación a él. Estos dos espectros estuvieron largo rato hablando con su padre, fuera de la casa, mientras yo seguía indagando más sobre sus traumas y necesidades.

Me empecé a sentir muy mal, me desvanecía por momentos. Era algo muy raro, aunque seguí, no le di importancia. Imaginé que era por la situación tan dura que se me había presentado.

Mis confidentes regresaron a la habitación y me relataron lo sucedido. Y, según me contaban, la pena se apoderaba de mí. De pronto las lágrimas inundaron mis ojos y sentí un gran desconuelo que me desgarraba el corazón. Ahora entendía el porqué de tanto sufrimiento, y es que... Las historias vividas por aquella joven durante su niñez habían marcado tanto su vida, que no la dejaban avanzar y continuar con su existencia sin pena ni dolor.

Desde pequeña acumulaba mucho mal y estaba atrapada en ese nudo de violencia infernal que hacía de su vida un verdadero calvario.

No sabía cómo trasladarle lo que me estaba diciendo mi confidente. La mujer de la vida, estaba enfadada y su actitud me lo trasmitía. Me sobrepasaba la ira y la impotencia.

No podía mirar a la chica a los ojos, era tan doloroso lo que contaban. Pero al final me armé de valor, tenía que saberlo:

—Ya sé por qué no dejaron pasar a tu padre. Me has visto llorar de rabia, ya que ahora sé lo que hizo. Se trata de algo IMPERDONABLE y jamás cruzará la puerta de mi casa. ¡No!, ni aunque me lo pidan mis amigos. Soy madre y nunca podría perdonar a nadie con ese tipo de mentalidad, destructora y violenta, creyéndose que es dueño y señor y que está por encima del bien y del mal... No existe excusa alguna que

justifique lo que le hizo a tu hermana. Te lo diré sin parar, es tan terrible que quiero decírtelo de una vez y olvidar este episodio de horror. Tu padre abusó de una de tus hermanas cuando era niña. No fue ni buena persona ni buen padre... Siento decir esto.

La chica comenzó a llorar, llena de ira. Dejé de hablar y esperé a que se tranquilizara. Pero los ojos llorosos de la muchacha me miraban todavía con dudas, necesitaba algo más, así que en un momento de calma le volví a preguntar.

—¿Qué más quieres saber? Has sufrido mucho. Quizás sea mejor dejarlo así.

—Quiero saber por qué lo hizo, por qué desgració a nuestra familia... ¿Por qué?

Ella seguía llorando, y entonces le pedí, a la mujer de la vida, que volviera a hablar con el padre de la chica, (aunque ella no quería ir) y le hiciera las preguntas para las que Equis deseaba tener respuesta. Mientras ella se dirigía a preguntar, yo intentaba consolarla, aunque no era fácil. Sin duda, visto desde esta perspectiva, creo que si lo tuviera delante, en carne y hueso... no sé lo que haría. El dolor y la rabia que veía reflejados en los ojos de aquella joven, eran indescriptibles. No me gustaría volver a atender a nadie en las mismas circunstancias. Fue duro en especial para mí porque, siendo madre, no podría soportar el padecimiento de una hija que hubiera tenido que vivir esta terrible experiencia.

Enseguida mi amiga volvió con todas las respuestas. A cada una de ellas que me daba, más rabia sentía yo. Me sudaban las manos y empecé a tener escalofríos.

Traté de expresarme con calma, ya que Equis necesitaba saber la verdad y reconciliarse con todo aquel dolor acumulado durante tanto tiempo.

—Te voy a decir lo que él comenta al respecto. Tu padre esconde este drama de violencia hablando de amor. Dice que se enamoró de tu hermana no es consciente de cuándo ocurrió por primera vez...Mi amiga le preguntó por qué había reincidido en tal salvajismo, aunque él no contestó. Mis confidentes me apuntan que ni siquiera vale la pena, hablar de ese muerto y que no se merece ni que te acuerdes de él. Además, afirman que debes seguir viviendo y te recomiendan que ayudes a tus hermanas y a tu madre a superar todo esto, aunque sabemos que es muy difícil. Está pagando por lo que hizo, así que espero que esta información te suponga una liberación.

—Cariño, tienes que salir adelante e intentar olvidar para avanzar en la vida. Sé que es difícil y, por mucho que te pueda decir, nada borrará lo que has pasado. Yo intuyo ese tormento que te reconcome por dentro, y no es bueno; tienes que superarlo y continuar con tu vida.

Equis, llorosa y pensativa, reflexionó y me habló:

—Gracias, por lo menos sé que está pagando por el daño que nos hizo...Quiero preguntarte algo más.

¿Cómo lo está pagando?

—¡Buena pregunta!, pero no te puedo contestar porque lo desconozco... Eso no está en mis manos, sino en las de lo más grande que existe. Nosotros no somos nadie para dictar ningún castigo y creo que, por mucho daño que nos hagan, nosotros no tenemos la potestad de juzgar y dictar la sentencia a ningún ser vivo. Aunque, a veces, lo deseemos.

Terminamos y, ya con más calma, aunque su cara seguía ofreciendo una imagen dolorosa, las invité a tomar una infusión. Luego, hablamos de nosotras, de la vida. Y miren si los caminos de este mundo se cruzan y se vuelven a cruzar que,

a medida que avanzábamos en la conversación, descubrimos que una de sus hermanas estuvo trabajando conmigo.

¡Y este fue uno de los encuentros más difíciles y dolorosos que se me han presentado durante mi vida!

LOS ANIMALES TAMBIÉN TIENEN ALMA

Todo el que ha tenido una mascota en su vida, seguramente, es consciente del vínculo que se puede llegar a crear entre ese animal y su dueño. Son numerosas las historias conocidas de animales que esperan al lado de la tumba de sus dueños o que ocupan el lugar que, habitualmente compartían con él en la casa, a la espera de que regrese.

Pero, de lo que a veces no somos tan conscientes, es de que ellos, nuestras mascotas o animales que comparten el día a día con nosotros, también tienen alma y que se pueden hacer presentes de igual manera tras su partida.

Esta es una historia muy bonita que trata de un niño y su mascota...

Cuando el niño cumplió un año, sus padres le compraron un perro pequeño. A medida que los dos iban creciendo, se hacían más amigos; era tanto el cariño que el niño le tenía a su mascota que dormía con él, sobre la almohada, manteniendo siempre próximas sus cabezas. El niño se llama Daniel y el perro, Coco.

Coco era uno más de la familia desde su llegada... donde iba la familia, él también iba.

Y Daniel le hablaba como si Coco lo entendiera.

Yo, cuando iba a su casa, me asombraba de la unión que había entre ambos; era como si realmente fueran dos niños jugando. No puedo dejar de recordar cómo, mientras Daniel jugaba a los coches, Coco iba a la caja donde estaban guardados y le llevaba uno hasta donde se encontraba su dueño, rodándolo incluso para intentar chocar con el otro. Si Daniel se ponía malo, su perro permanecía como fiel guardián a su lado y no se despegaba, por mucho que los padres le reprocharan

aquel comportamiento. Y, así, podría relataros infinitas anécdotas del amor mutuo que existía entre el niño y su animal, que solo serían reflejo del vínculo que se había creado entre ellos. La mamá del niño me comentaba que el chiquillo, al llegar a casa tras el colegio, lo primero que hacía era llamar a su mascota, antes que al resto de la familia. Eso pasaba a diario, y aún seguía haciéndolo a los ocho años que tenía Daniel por aquel entonces.

Un día estaba yo en la casa y le pregunté a su madre qué hacía Coco en la puerta, sentado. Me dijo que estaba esperando a Daniel. La mascota sabía la hora de llegada del pequeño. Es más, antes de que se acercara la hora, los miembros de la familia que iban llegando, saludaban a Coco, pero no se movía de aquel sitio hasta que, por fin, llegaba Daniel.

En verano, sin embargo, Coco murió... La tristeza se apoderó de toda la familia, pero a quien más afectó fue a Daniel.

Pasaron los días y el niño no quería levantarse de la cama. Su madre, preocupada por él, me llamó para que le rezara por si tenía «susto». También notaba a Daniel cansado, siempre quería estar acostado, pues era así como se encontraba bien.

Yo, al ver a mi amiga apurada, le recé, pero no sentía ni captaba nada en el niño.

Como me quedé intranquila, la llamé y ella, asustada me dijo que me iba a mandar unas fotos del niño acostado porque, había tenido algunas sensaciones extrañas, (como de frío), al estar cerca de él en la habitación. Al verlas, me quedé preocupada porque percibí una sombra que no podía identificar.

Sin esperar más, al día siguiente me fui a su casa. Al llegar noté esa presencia, pero no la veía. La madre me llevó al dormitorio donde el crío estaba acostado, y es ahí donde

vi a Coco sobre la almohada, en la que también reposaba la cabeza de Daniel.

Se lo conté a la madre.

El verdadero malestar del niño provenía de que el alma de su perro, aún permanecía cerca de él

La mujer deseaba saber dónde se encontraba y le pedí que sacase fotos de la cama.

Lo primero que se me ocurrió fue llamar a «mis amigos» para que se lo llevaran, ya que yo no podía hablar con el animal. Luego, me dirigí al niño para explicarle que debía despedirse de su mascota, que debía dejarlo partir. Él notaba en cierto modo la presencia del perro y, por eso, tendía a acostarse en la cama según llegaba a la casa.

No puedo olvidar el llanto con el que se despedía del amigo con el que había pasado tantos buenos ratos.

«Adiós, te quiero», esas fueron sus palabras entre sollozos.

Ellas llegaron y se lo llevaron.

Transcurrida como media hora, Daniel ya era el niño de antes: activo y alegre.

Coco no solo se hizo presente tras su muerte al lado de Daniel, sino también en diferentes lugares de la casa donde se solía ubicar.

LA INOCENCIA DE LOS NIÑOS

Esta historia que les voy a contar, ocurrida durante el verano de dos mil veintidós, es una de las experiencias más bonitas que he tenido.

Me llamó una amiga, digamos que su nombre es Avi, ella me preguntó si podía ir a su casa porque su nieto, desde hacía un mes, afirmaba que había un fantasma y que no lo dejaba dormir.

Ella me trasladó su preocupación ya que, en efecto, el niño no dormía y porque, además, le parecía curioso lo que este aseguraba. Y por eso me llamó, para que fuera a su casa e intentara contactar con ese fantasma, por si fuese verdad. Le contesté que sin problema, aunque yo ya le había dicho muchas veces, en diferentes conversaciones, que los niños suelen tener mucha fantasía.

En la casa viven Avi, su hija Ana, la mamá del niño, tiene dos años y medio.

¡Está para comérselo!

Al día siguiente fui a su casa, pero cuando salí me di cuenta de que la jornada estaba para ir a la playa; Había, una luz especial, aunque no hacía demasiado calor. Corría una ligera brisa y cuando la noté en la cara, mi mente se trasladó a la orilla del mar y me imaginé en la casa de la playa de mis padres, sentada en una piedra o en mi silla plegable leyendo un libro, y con el sol brillante, pero sin quemar. De repente, alguien me tocó la *pita*; se trataba de una vecina, que salía con su coche, y quería decirme adiós. «Sí, adiós a mi imaginación», pensé para misma, «volvemos a la realidad», y me dirigí a casa de Avi a ver qué pasaba.

Ella vivía en una zona muy bonita. El mar se veía desde su terraza, en la que yo había pasado buenos momentos con su

familia. Aparqué mi coche y me dirigí a la puerta. Ella ya me estaba esperando fuera y nos saludamos, dándonos un abrazo y un beso.

Entramos en la vivienda. Lo primero que se ve al acceder a ella es una sala con un sillón grande, una mesa de cristal para seis comensales y, en el suelo, juguetes, aunque casi todos se hallaban recogidos en un rincón. Cruzamos el pequeño pasillo que se dirigía a la cocina y, allí nos sentamos para hablar de nosotras y de lo que le estaba pasando al niño.

Avi me dijo:

—¿Cómo te puedo pagar el favor que me estás haciendo?

—Las cosas que hago no tienen precio, es decir, que no cobro. Si me dieron ese don, por llamarlo de alguna manera, mi pago es que todos estén bien. Pero se me ocurrió una broma para contestarle por lo del pago. Aunque... Avi, ¡a ti sí te voy a cobrar!

—¿Cuánto? - me respondió.

—Un bizcocho de los tuyos, que siempre que me acuerdo se me hace la boca agua.

Y nos reímos las dos. Es que soy muy golosa y Avi es una repostera impresionante. Después de dejar de reírnos y de hablar de nuestras cosas, le dije:

—Cuéntame, ¿qué le pasa al niño?

—No hemos descansado durante varias semanas por la noche porque mi nieto, Aíram, se levanta y mete en la cama de su madre. La despierta, diciéndole que hay un fantasma que no lo deja dormir y que cuando *la chupa* se le cae, el fantasma se la pone y a él no le gusta.

—Tal vez lo hace para llamar la atención, o para que no le recriminen nada porque quiere dormir con su madre.

—¿Tú crees?

—Todo es posible. Además, cuántas veces te he dicho que he ido a casas en las que los niños, se suponía, que veían fantasmas y lo hacían solo para llamar la atención. Y de esas me he gozado unas cuantas. Pero dime dónde lo ve Airám y, así salimos de dudas.

Salimos de la cocina y fuimos a la habitación de Airám.

Me puse a revisar esa planta, pasando por el dormitorio de Avi, aunque no sentí ni vi nada. Seguimos por el pasillo, pasando por el baño, por la habitación de Ana, la mamá del niño, y en esa tampoco sentía nada. En aquel momento pensé que se trataría de una fantasía del niño, incluso miré a Avi, diciéndole:

—Ya Verás, no será nada. La imaginación de Airám es muy grande para la edad que tiene, pero comprobaremos su cuarto por si acaso.

Por último, entramos en la habitación del niño y me llevé una sorpresa al poner un pie en su cuarto porque se me pusieron los pelos de punta y no pude dar un paso más. Las sensaciones que percibía eran de frío, pero a su vez cálidas. Era cierto lo que decía Airám, allí había algo. Avi quiso entrar, pero le dije que no y le pedí que nos fuéramos a la cocina.

Bajamos la escalera en silencio. Avi me miraba asombrada por la forma en que le dije que no entrara. Al llegar a la cocina me preguntó:

—¿Qué pasa?

—Cuando fui a entrar en la habitación del niño, se me pusieron los pelos de punta, por eso te dije que no entraras, ya que no había subido la vela ni el vaso de agua. Sin ellos, no puedo ayudar a lo que haya allí; se me pueden complicar las cosas, si no veo lo que es. Pero no te preocupes, malo no

es, ya que Aíram no tiene miedo siempre, solo algunas veces, cuando le pone *la chupa* porque lo asusta.

Mientras estábamos en la cocina, llegó Ana, la mamá de Airám. Nos saludamos y le conté lo que sucedió. Después cogí la vela, el vaso de agua y subimos las tres al primer piso, en dirección a la habitación del niño. Antes de entrar les dije que estuviesen pendientes de mí, por si me desvanecía, ya que los entes con los que me encuentro pueden consumir toda mi energía, ya me ha pasado en ocasiones y he sufrido algún golpe, aunque me recupero rápido. Ellas asintieron.

Al entrar en la habitación, noté la misma sensación de frío que antes. Recorrí el dormitorio para intentar ver o detectar lo que había en él. Cuando me acerqué al armario, vi una sombra en un pequeño espacio entre el mueble y la pared. Seguidamente, me senté en un lado de la cama frente de ese recoveco.

La vela y el agua que llevaba las dejé en la mesilla que estaba pegada a la cabecera de la cama. Esa vela y el vaso con el agua son las dos cosas que siempre utilizo como ayuda. La vela es para que cojan luz, si no la tienen, y el agua les aporta claridad. De ese modo ellos podrían recibir la luz y la claridad que necesitan para contactar conmigo, y viceversa. Entonces les formulo varias preguntas como por ejemplo: «¿Quién eres?», «¿Por qué estás aquí?», «¿Cómo te llamas?». Si no me dicen nada o se esconden, me voy del lugar y espero que pasen unos treinta minutos para que ellos recojan luz y claridad. Eso fue lo que hice en aquella ocasión, les pedí a Avi y a Ana que bajáramos a la cocina un rato. Estando en ella, les expliqué que había un alma allí, pero que no podía comunicarse conmigo porque no tenía la suficiente luz. Les aclaré que no era nada malo, porque no me hizo nada, ni tuve

miedo alguno, aunque a veces sí los he sentido, ya que es mi cuerpo el que recoge las emociones que ellos me transmiten antes de poder comunicarse.

Pasada la media hora, nos dirigimos a la habitación del niño. Volví a sentarme en la cama y, cuando alcé la cabeza y mis ojos se dirigieron hacia dónde se hallaba antes de irme, no capté la silueta que vi en su momento. Seguía mirando el frente del armario y el rincón, extrañada porque lo sentía muy cerca, notaba que me estaba debilitando y eso no me gustaba.

La habitación del niño se encontraba separada de su madre por un arco, desde allí veía a Ana y a Avi. Suelo cerrar los ojos con frecuencia para poder concentrarme y sentir lo que ellos me transmiten. A veces, estando en ese estado de concentración, les rogaba que, por favor, no se acercaran a mí, que me sentía mal y, en esta ocasión lo repetí varias veces. Al ver que no me decía nada, aunque sí que lo sentía, abrí los ojos y dirigí la mirada a Ana y Avi. Entonces fue cuando la pude ver. Una mujer alta me miraba y se hallaba tan cerca que estaba consumiendo toda mi energía. Salté de la cama y le dije:

—Por favor, no te acerques a mí o no podré ayudarte.

Sin embargo, ella seguía sentada en la cama, así que decidí alejarme un poco para hablar con ella, sin acabar desmayada. Al hacerlo, me iba recuperando poco a poco.

Al encontrarme mejor y con más fuerza, empecé a hacerle preguntas. Me asombré porque, de pronto, empezó a hablar y la entendía perfectamente.

—Me llamo Eloísa.

—¿Por qué estás aquí, en esta casa? ¿Ellos son de tu familia?

—¡No sé por qué estoy aquí!

—¿Sabes que ya no perteneces a este mundo?

—No lo sé. Me acuerdo de mi madre; yo estaba con ella, pero la perdí.

—¿Por eso estás en esta casa?

—Aquí me siento bien con el niño. Le ayudo y le pongo el chupete cuando se le cae.

—Eso no puedes hacerlo porque él se asusta, es muy pequeño. ¿Lo entiendes?

—Pero no le hago daño.

—Lo sé, aunque tienes que entender que debes irte. ¿Te gustaría que el pequeño estuviera asustado toda la noche?

—No, yo solo quiero ayudar.

—¿Me dejas ayudarte a llevarte con tu madre? Así, estarás con tu familia.

—Pero no sé dónde está.

—Yo te ayudaré, tranquila. ¿Ves a las tres personas que se encuentran a tu alrededor? Ellas te llevarán con tu madre ¿te gustaría? Confía en mí y en ellos.

—Vale, les daré la mano para no volverme a perder.

—Sí, claro. Anda, ve con ellos.

Ella le dio la mano a uno de los ángeles que me ayudaban pero antes de irse, se giró y me dijo:

—Gracias y perdonad por haber asustado al niño, no pretendía hacerlo.

—Ve y sé feliz.

Mis ojos no tardan en perderlos de vista al alejarse poco a poco de allí. La luz que los rodea es tan remota que nunca podré describirla. Sin embargo, al irse, transmiten una paz tal que muchas veces se me saltan las lágrimas de felicidad por haber ayudado a esas almas perdidas.

Me dirigí a las chicas y les expliqué que ya se la había llevado. Les conté todo lo ocurrido y, de pronto Avi comenzó

a llorar. Cuando le pregunté el porqué de esas lágrimas, me contestó que le hubiera gustado sentir lo mismo que yo al ayudar a esa persona. Abracé a mi amiga y le dije:

—Algún día, tal vez lo harás.

Finalizado el trabajo y dejándolas tranquilas, me despedí de ellas.

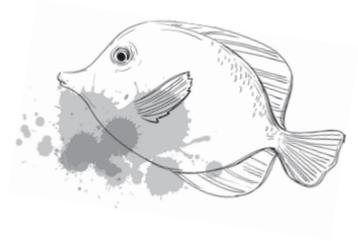
Así pude ayudar a otra alma perdida y di, gracias, ya que todo resultó bien y logró hacerse de una sola vez.

Tres días después, llamé a mi amiga para interesarme por si el niño dormía ya toda la noche por si veía algo más. Fue muy gracioso lo que su madre me contó, al ponerse al teléfono.

—Airám me dijo una noche que el fantasma ya no estaba en su cuarto y cuando le contesté que era porque se lo había llevado una amiga, me miro enfadado y me soltó: «Mami, si vuelve no avises a tu amiga, que la asusta. Llama a la Policía para que se lo lleven».

Al contarme, me dio tal ataque de risa que me dolía la cara, no podía parar de reírme. Me alegré muchísimo por los tres, ya que llevaban semanas sin dormir.

Por eso le puse este nombre a su historia: *La inocencia de los niños*.



CRISTI RODRÍGUEZ GIL

Cristi Rodríguez Gil. Es escritora social de relato corto. Colabora comentando y corrigiendo, en páginas de escritura. Miembro del grupo de Escritores 2020.

■

QUIERO VESTIRME LIBRE

El sol entra en las hojas tiritantes de los árboles, donde la sombra esconde el miedo, donde el aire acaricia con dulzura mi pelo, pero donde esperan las manadas sigilosas, para arrancar el corazón de las tiernas carnes, de la suave piel, y robar todo tipo de esperanza de vivir con ganas.

Desde el balcón de mi alma, veo el paisaje. Quiero abrir los brazos, respirar el aire y caminar despacio; al fin y al cabo, los mejores regalos, no vienen en papeles de colores, están sin envoltorios, en el camino, al lado de las piedras, y los troncos de los árboles.

No quiero promesas de un mañana, pero sí un día a día sin violencia, ni leyes que detengan lo que, por naturaleza, debía ser Adam y Eva.

Un ahora sin morados, y un obligado reparto de tareas, codo con codo, en los estancos.

Hoy imagino el arcoíris por encima de las ramas, mosaico nupcial del firmamento que esperaba, pero sigue habiendo muertas que atraviesan los recuerdos, para dejar muchos huérfanos en los barrancos del odio. Sigue gateando la espesa neblina del dolor, del hambre continúa, arrastrándose como leprosos por los bares de sus babas.

Las mentiras de un: «tú te dejaste», mientras taladra su
mirada, y borra el cielo más azul,
y llueve sobre los charcos que ya embarraron bastante la
inocencia. Quiero vestirme libre, quiero amar lo que quiera.

DEL REFUGIO AL MAR

Hoy me cosí el alma despacio, sin prisa, no quería dejar ningún punto ni fisura, había que amarrar bien fuerte el corazón para que no escucharas su latir al verme.

Hoy cierro mi cuerpo a la añoranza, al dolor de sentir...

No miraré las fotos, ni escucharé el azul de su voz en la distancia.

Pararé con mis manos el viento, si es preciso, para no ver saltar las velas en el aire, ni los colores de la brisa, que se esparce en la marea, y mucho menos las cometas de colores que se alejan, y regresan, ni el azul de la marina, ni el de tu caminar sereno a mi lado.

Quedará para siempre en mi retina, sentados, mientras el sol se despedía, escuchar a las olas contarnos, recuerdos pequeños que teníamos guardados.

Tomaré esa menta poleo bien caliente, mientras se marchan los colores de la tarde. Me iré hacia la noche con los sueños enredados. Te pensaré siempre, pero iré cosiendo mi alma muy fuerte, para que no se note nada, que todo quede bien hilado y no traspase tu mirada.

Noviembre 2021

COMO EL DOLOR DE UN PARTO

Como el dolor de un parto y la explosión del alma, como una punzada fuerte en el pecho... Como si te robaran el aire, como si encogieran mis brazos, antes extensiones de los tuyos... Me empeñé en sujetarte y sacudí mis manos para rodearte. Mientras te abrazaba, ya dudabas; te iban creciendo alas, mientras yo las arrancaba para que no te fueras. Quise agarrarte fuerte y te abracé sin tino, no pude retenerte, llegó el tiempo de quitar amarres y liberarte. Te escurriste como un pez, nadando hacia arriba; parecía que se desenlazaban los pies mientras te marchabas... Ibas deprisa, joven, suelta, y como un globo de helio te alejaste; me pareció que llevabas aquel traje amarillo... No pude sujetarte, fue como un dolor de parto, una explosión del alma, como una punzada fuerte en el pecho...



FÉLIX

Félix Buergo Babío es aficionado a los cómics y a la literatura desde niño. Ya de joven se acercó a la poesía escribiendo en secreto. Más adelante descubrió el placer de la lectura con autores dispares (Juan Ramón Jiménez, César Vallejo, Ángel González, San Juan de la Cruz...), y, sobre todo, con dos poetas: el malagueño Manuel Alcántara y el sevillano Antonio Machado. Hasta la fecha la poesía le ha llevado por caminos de autoconocimiento e introspección psicológica.



CANCIÓN INFANTIL

Dios sabe más.

Dios sabe más.

¡Qué sabe nadie!

Yo no sé nada.

Quisiera ser trigo
que dore el sol
todos los días,
no un rostro yerto,
ni tierra baldía.

Un lucero
hay en una pupila.
La sonrisa es acero,
su corazón, una espiga.

UN AÑO

Un año, una tarde, un verano.
¿Qué fue lo que me dijiste, padre?,
¿qué fue,
que me dejaste llorando?

Ya tengo áspera la garganta
de gritarte tanto.
¡Amor, amor, amor!

PPREGUNTA

—En la vida hay que volar,
y para eso necesitamos alas.

—¿Tiene usted alas?

—No, muñones.

—Entonces, ¿cómo piensa usted volar?

—Con las tiritas...

ERES CELIA (I)

Hija mía, eres reto y cumplimiento.
Tus pies son llaveritos,
y tus brazos, dos sarmientos.

Eres un clavel atravesado...
Paso los días fijándome en pajarillos,
flores y monarcas. Embelesado.

Celia, has traído agua y nieve
a esta alma tan sedienta
(incluso cuando llueve).

ERES CELIA (II)

¿Qué sueñas, mi amor?
Pajarita está dormida...
Calma, aparta ese temblor
como de flor estremecida.

ERES CELIA (III)

Caminando con una hoja de tartaguero,
viene sonriendo la niña que yo más quiero.

Cada día

Cada día tiene su anhelo
y cada anhelo su almíbar.

Son tres

Son tres los atributos de Dios:
unidad, misterio y amor.
Unidad porque Lo es.
Misterio por Qué es.
Amor porque es.

El gran milagro de Dios fue ser-se.

Me falta

Me falta conciencia y me sobra intención.

Oscurecimiento ontológico

Hoy toca la farsa del que dice «soy».
Del que dice «siento».
Del que es y dice «no miento».

Del que sufre sin cesar
como íntimo rumor,
como fallo de motor,
como bucle equivocado.

¡Qué triste rutina automática!

Soy una farsa,
por lo menos hoy.

No me reconozco,
ni me doy la mano.

Sufrir por todo, desde chico...
ese niño un poco serio...

¡Mi amor está en bastos!

Me levanté a quemarropa
sintiéndome yermo
por dentro.
Me acordé de Vallejo:
yo nací un día que Dios
estaba enfermo...

Es la farsa alarma

Avergonzado

Avergonzado de la sombra de mi sombra.
Batallando, casi siempre preocupado,
por la voz que no me nombra
y de mi rostro en el espejo reflejado.

A Candelaria María

El poniente

El poniente anda detrás
de los hilos de tu corriente.

Atrapar al perseguidor.
Eso quisieran los mares al sol.

Monólogo

El sol descendente, sobre el mar, en el resquicio,
me alcanzaba en la orilla, con su oro vespertino.
Yo pesaroso. Cuántos pensamientos dañinos...
Cansado, de tanta biografía y sacrificio.

*«...¿Qué te crees? Siempre he atisbado cumbre y precipicio.
Así me atenazó el estómago, el intestino.
Miedo en la cabeza — qué pájaro picapinos...
Hace años me hubiera pulsado: Apagar —Reinicio.*

*¡Y ahora es que de tanto caminar me estoy hundiendo!
Con rayos magnéticos. Coronado de espinas...»*
Estas huellas en la arena, desapareciendo...

Con pena de agua sobre agua va a acabar el día.
Queda un hombre hablando solo. En la orilla. En el viento.
Que siente, mira y piensa: ayer es hoy, todavía.

Brillos de sol

Brillos de sol.
Que no se mueran las palomas
en las palmas de mis manos
si hoy no te dan calor.

Hoguera en el cielo.
Necesito una esperanza,
un abrazo, aliento;
brisa entre ramas,
un soplo en mi pensamiento.

Calima

El secarral.
¡Fuertes días de seca!
Hasta las chumberas parecen
más secas de lo que son,
y no hay pestañeo
que alivie el cristalino.
Tierra en suspensión.

...

¿Cuándo lloverá?

Más al norte

Más al norte de Algeciras

no quisiera estar.
Limitar al norte con la playa,
y al sur con el mar.

Despierta

¡Despierta, oh sol, levanta!
Danos tu rubio abrazo,
el rayo
y el oro de tu regazo.

En terapia

Como necesito bajar al cielo,
tengo que poner la llaga en el dedo.
Caminar desnudo, cortarme el pelo.
Hacerles el amor a todos mis miedos.

Tostarme al sol. Después un baño en hielo.
Hablar... tomar la palabra en el ruedo.
Con memoria de tripas por el suelo
irá estallando el llanto, oliendo el pedo...

Contaré al niño. Y acariciar su mano.
Prehistoria: un rubio cagapañales.
Historia Antigua: Ciclo Sevillano.

Gabriel, se quedará con los anales.
Para el adulto: lejos del manzano.
Al niño: su alma, en caja de caudales.

Para Andrea

El mirlo

Mirlo venturoso, mañanero.
Compañero, en los cables escoceses.
Hoy saludas desde el árbol güimarero.

Mirlo mirlero. Ese negrito insistente.
¿Es tu trino de cortejo, o tal vez agorero?
No te calles. Hoy tú eres mensajero.
Y que vuele tu canto, como mana la fuente.



FER

El entusiasmo por la creación literaria, enriquecida con otras disciplinas, le envuelve, desde la tradición hasta los nuevos movimientos culturales, talleres narrativos y diferentes publicaciones para aterrizar en la creación del colectivo de Escritores 2020 y en la búsqueda de la *Historia de una mochila*, su primer libro.

Pertenece a una familia de artistas, donde la palabra se hace protagonista, colaborando con diversos colectivos culturales, convirtiéndose en nexo de unión de artistas. Su estilo de escritura es muy biográfico, escribiendo desde vivencias personales, emociones, sentimientos. En su mochila hay miles de experiencias, un camino de aprendizajes que le ha traído hasta aquí.



EL ETERNO LUGAR DE LA INFANCIA

Los días de primavera eran más vistosos en los años de su infancia. A su corta edad, sabía de su llegada no precisamente por el calendario, sino por la abundante vegetación que veía a su alrededor.

Era divertido pasar los días en bicicleta acompañado de Yenni, un perro que vivió la infancia con él.

De ojos color miel brillante, de mirada compasiva y triste, podía contar toda su historia, su profundo agradecimiento y lealtad, compañero de aventuras en recovecos inexplorados.

A unos cuantos metros de la casa de su abuelo, estaba la finca del viejo, una hermosa propiedad con higueras y tuneras llenas de higos picos.

Una charca abrazaba el paisaje, de color verde brillante. Le gustaba meterse entre los matorrales que cubrían su pequeño cuerpo para esconderse entre las hierbas, jugar entre las piedras y observar a los lagartos que salían a su encuentro.

Cuando le apetecía se acostaba en la tierra y miraba entre las ramas el azul cielo, apagaba su voz para escuchar la danza que se hacía entre los árboles al paso del viento. Las hojas se movían, silbaban como si se comunicaran entre sí. El delicado sonido comenzaba desde lejos, se desplazaba como una ola entre las hojas, hasta llegar a su rostro, acariciándolo suavemente. El viento seguía de largo y desaparecía en la distancia, despidiéndose con un canto que se convertía en murmullo.

El ruido constante del agua, que corría por la atarjea, que regaba durante horas de trabajo, acompañado del entrañable aroma a tierra mojada, llenaban los surcos para repartir frescura ante aquel sol picón, mientras las plantas se movían contentas al son del viento. En el inmenso cielo, las nubes se

transformaban y se convertían en todas las cosas que alcanzaba la imaginación de un niño. Un lugar vivo, con un canto en cada cosa, orquesta musical de un todo a la vez.

Por la tarde, regresaba a casa de su abuelo con los pies llenos de tierra, la ropa sucia, llena de picos silvestres, y toda su infancia feliz, resumida en aquel lugar, a veces solitario, pero repleto de pequeñas cosas para recordar.

Hoy todo aquello ya no existía de la misma manera, la civilización se fue haciendo un hueco a su alrededor, pero en su mente guardó cada detalle, cada aroma, cada sensación. Dicen que uno siempre vuelve al lugar en donde fue feliz... y él lo hace muy a menudo. Le basta con cerrar los ojos para viajar en el tiempo y mirar todo de nuevo con aquellos eternos ojos de niño.

Sabía que el tiempo no daría tregua, que nada regresa, por eso le pidió al recuerdo que jamás se fuera y que, a pesar de los cambios que supone la adultez, nunca perdiera la capacidad de regresar una y otra vez a ese maravilloso lugar, al eterno lugar de su infancia... aunque fuera en su memoria.

El tiempo se lo lleva casi todo, pero no los momentos vividos, las emociones, ni los sentimientos, ni esas fotos de la cámara de los recuerdos del eterno lugar de la infancia a la que se atreve a viajar cada vez que lo desea.

¿POR QUÉ TÚ?

—¿Por qué tú?, ¿cómo empezó todo?, me preguntas.

Te miro sin saber qué decirte, sin saber por qué tu aroma me devuelve a ti; sí, siempre a ti.

En un lugar donde la mirada no llegaba a alcanzar, de olor a musgo y mar, senderos de callados de playa, pies curtidos buscando lapas y burgados, maestría de la pesca, fundida con la vida familiar, en el silencio del murmullo de las olas bravas arrastrando los callados de la playa.

Entre sus casas humildes, de carreteras de tierras estaba él, un niño de 10 años que crece al cuidado de su madre, con la única compañía de su cabra *La Galana*, amiga inseparable en sus momentos de soledad en este pueblo costero.

En un lugar más lejano. Pueblo de cuatro caminos, agasajado por su montaña, viento de susurro continuo removiendo los secretos de aquel lugar en todas direcciones, fuera de las afueras, lejos de lo lejos, desconocido de lo desconocido, donde la nada se empieza a perder, donde el viento te arrastra en tu caminar y te lleva al quehacer diario. Paraje singular con olor a tierra, animales y humildad. Lugar donde se madruga para cosechar y hacer de la tierra sendero de vida y sustento. Allí estaba ella, al cuidado de su abuela, de la que tenía tantos recuerdos hilados, tiernos y cariñosos, observando y aprendiendo de los modos de vida de los mayores del lugar, cerca de la humilde iglesia de referencia, reunión de sus gentes. Feliz, inocente, alegre, trayendo canciones y juegos nuevos cada vez que venía de la capital, creciendo entre escasez y felicidad.

Un día de verano, quince de agosto, fiestas del pueblo costero, ella entró en aquella plaza con su traje amarillo, deslumbrante, esbelta, con su gran sonrisa puesta. Él, que nunca

había visto una sirena tan bella, fue directo hacia ella para hacerse presente y decirle su nombre, Juan. Mérida, desconfiada de aquel forastero y poniendo sus límites, le dijo que se llamaba Carmita.

Él, que tenía su carné de cantante, se subía ese día al escenario y no pudo evitar dedicar sus primeras letras a su sirena, «Carmita».

En la otra esquina, ella y sus amigas sonreían y bromeaban sobre aquel cantante, pero Mérida tuvo que volver a su pueblo y Juan siguió con su cabrita.

—Y tú, aún sabiendo todo esto, me preguntas por qué camino en silencio por tus calles, hoy empedradas, para escuchar secretos nuevos, recuerdos hilados o intuir la música que pudo haber cantado mi padre mientras que mi madre lo miraba con sus ojos tiernos y su especial sonrisa. Hoy sé que la respuesta estaba en tus raíces, tus rincones, tu olor a musgo, mar y sentimiento. Hoy sé que se me hace muy difícil no quererte, aunque a veces me distraiga, querida Candelaria.

ESPERÁNDOTE

Nunca supiste por qué te deseaba tanto, porqué contaba los días hasta tu llegada.

Las semanas se me hacían larguísimas esperando verte, olerte, disfrutarte.

Desde ti, los veía a ellos, esperando su turno, celosos, sin entender nuestra relación, mi preferencia hacia ti, envidiosos de nuestro encuentro furtivo, sin nadie que nos molestara, nuestro día perfecto. No quería que se acabase, no soportaba la idea de otros seis días más sin verte.

La despedida era dolorosa, sabíamos lo que nos íbamos a extrañar, una larga espera.

Los encuentros: paraísos de júbilo y felicidad, rincón donde se paraba el tiempo.

Sí, no había nada más que deseara, más que a ti, mi querido domingo, acabar la semana, por fin, entre tus brazos.

DESNUDO

18 de octubre, hoy es un día muy especial para mí, no solo porque cumpla años. Hoy, justo hoy, tengo la presentación de mi primer libro.

Llevo toda la noche mareando la cama. Mis ojos de búho en la oscuridad, con la mirada perdida en el techo, pensaba mis primeras palabras. Imaginaba cómo transmitir la idea que me llevó a escribir estas 140 páginas de mi vida. Describir en una hora las sensaciones de todos estos años de escritura. De madrugada, decido tomar mis pastillas para dormir porque siento que debo dormir algo, y veo la imagen borrosa de las 05:26 mientras mis ojos caen rendidos a las pasiones de la medicación.

De repente, me molesta la luz del sol ya avanzado hasta media altura de la ventana.

¡¡Horror!! Salto de la cama, cual resorte rabioso, y empiezo a correr hacia todos lados. El despertador no sonó. Son las 10:05 y la presentación era a las 10:00.

Veo la ropa preparada en la silla, pero decido ir hacia la cocina. «No tienes tiempo para desayunar, ni para ducharte», me digo y, me echo un poco de colonia para disimular la falta de aseo y salgo corriendo a la calle, sin llaves, ni cartera, ni móvil... ¡No hay tiempo para nada!

Por el camino, me doy cuenta de que también me he dejado la mochila con algunos ejemplares y la nota con las palabras que iba a decir. Sin embargo, me insto a continuar: «Corre, Fernando, que no hay tiempo». «¿Qué me está pasando?», me pregunto. «¿Cómo me puede estar pasando esto a mí?», exclamo.

La presentación es al final de la calle en la que vivo, lo cual me alivia un poco. Voy lo más apresurado que puedo y, entre

jadeos intento recordar algo del discurso. Me siento sudoroso y un frío recorre todo mi cuerpo.

Cuando llego al centro cultural, me paro un instante en la entrada para coger algo de resuello. Veo entonces el cartel de promoción de mi libro, en cuya portada aparezco fotografiado completamente desnudo, junto a unas letras grandes en las que puede leerse su título y la fecha de hoy: *Desnudo tardío*.

Presentación 18 de octubre. Sin poder evitarlo, sonrío. Al fijarme en profundidad en el cristal, sin embargo, veo mi cuerpo desnudo reflejado y un calor me recorre de arriba abajo. Mi sonrisa empieza a desdibujarse y mis pies descalzos se quedan paralizados ante el desencajado estupor de mi editor.

ALEGORÍA DE LO IMPOSIBLE

Lo del traje fue la alegoría de lo imposible. Pensé que tocaba disfrazarse, ya que habían dicho, que los carnavales eran en junio.

Habría que buscarlo en el trastero, pero lo tenía a reventar y solía dedicar las vacaciones para acondicionarlo y, además del calor que hacía, me daba mucha pereza.

Me tiré a la calle a por cualquier trapito. Sin darme cuenta, me vi recorriendo todas las tiendas de disfraces de la ciudad y en todas se producía el mismo desenlace: «No hay talla para usted».

Decidí, en contra de mis convicciones, ir a los establecimientos más caros, pero cuál fue mi sorpresa que tampoco por esos lares tenían talla para mí.

Desenfrenada, agotada y en busca de una cafetería que me animará, vi mi última oportunidad; ahí estaba ella; una pequeña juguetería donde puse todas mis esperanzas. Entré con el mismo miedo que me había acompañado de tienda en tienda. Al preguntar a la dependienta, con voz tímida e insegura, me indicó que los disfraces estaban en el sótano, y claro, bajé. ¡Dios mío!, si ya venía sudando a mares, sin aire acondicionado en un pequeño cuadrado lleno de cosas, con una temperatura de 28° a la sombra y con un olor a... uf, no sé cómo describirlo.

La necesidad de tener un disfraz me impidió subir corriendo las escaleras y lanzarme a la calle. Bueno, ¿para qué nos vamos a engañar? De ninguna manera las iba a subir corriendo porque mis rodillas no me dejarían. Respiré varias veces y me dije: «Te llamas Estrella y no te vas a estrellar».

Los disfraces que siempre quise tener eran el de bruja y el de pirata, por algo sería; quizá fuera un poco rebelde y deseara lanzar algunos maleficios a más de uno.

Cuál fue mi sorpresa cuando la dependienta, me gritó desde arriba a pleno pulmón:

—El único que puede servirle es el del fondo.

Sudando a mares, con esos tejidos que se pegaban a mi cuerpo, intenté llegar a aquella esquina atravesando varios pasillos. Me pregunte cómo la mujer podía tener tantas cosas y acordarse de dónde estaban.

Llegué finalmente al sitio indicado y, bajo un cartel de: «Tallas especiales», había un solo disfraz colgado de un clavo. Sin extrañarme mucho más, me lo probé en esa misma esquina de la tienda, del sótano, o como se llamará aquello, pues allí no había probador, arriesgándome a que alguien bajara, lo cual me parecía casi imposible. Mirándome en un minúsculo espejo que llevaba en el bolso, e intenté ver cómo me quedaba aquel disfraz. Quise convencerme de que era el ideal y así cesar aquella estúpida búsqueda que no sabía cuándo empezó, ni por qué, ya que tampoco tenía claro que fuera a salir en carnavales.

De pronto, mi alegría se desbordó: ¡El disfraz era de pirata, me servía y costaba 22 €!

Los carnavales ya acabaron, pero yo sigo en mi barco, impartiendo justicia y luchando contra los malhechores, con mi disfraz de pirata, en una vida de sueños e ilusiones por alcanzar.

LLEGAR A TI

Llegar hasta ti, mi sueño.
Llegar hasta tus labios, mi pasión.
Llegar hasta tus ojos, mi locura.
Llegar hasta tu cumbrecita, mi reto.

Contemplarte desde lo alto,
catedral del sol, circo de cumbres donde la mirada se puede,
escarpes verticales monumentos de naturaleza esculpida,
atraveso los testigos de tu erosión, numerosas crestas y
roques, enormes agujas se elevan hacia las nubes, roques
protectores de tu belleza.

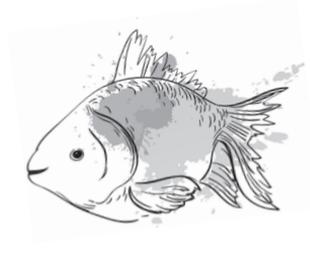
Bajar por tu cuerpo, por tus barrancos mirando hacia tu
cielo, protegido por tu manto de pinos. Bajo por tus arterias
a modo de senderos, siento el corazón de la tierra latir,
mientras cuidas de mis pasos y de mi sombra.

Deslizarme por tu cuerpo, con la única compañía del sol, la
vegetación y tu silencio ensordecedor. Pasear por el interior
de tu casa surcada por profundas cicatrices, espectaculares
barrancos, piernas de gran belleza confluyen tus venas en
ríos, donde te abres hacia el mar a través del barranco,
desagüe natural de tus arroyos.

Caminar hasta tus pies donde el olor a mar me anima a
descansar, refrescar mi sudor a triunfo y paz.
Llegar a ti, amor, sentimiento y superación.
Llegar a ti mi orgullo de ver fluir por tus venas solidaridad y
pasión. Lugar de gran resiliencia, y corazón, llegar a ti.

SUSURRO

Planeta susurra un mensaje
siente su vida padecer,
la Tierra ve desvanecer,
mundo unido con coraje,
valor tan grande, me traje
cuidar sepan del planeta,
la paz, mi arma secreta,
nuestro granito: «el arte»
de este sentir contagiarte
con mi conciencia despierta.



GRACITA

Gracita nace en Candelaria. Las tradiciones, la Virgen Morenita, el folklore, las décimas... Todo ello la lleva a organizar y formar varios grupos. Dirige la noche de parrandas en memoria de Rosaura Marrero Fariña, su madre, del 14 de agosto mientras llegan los peregrinos a la villa. Mujer de carácter y paciencia, participativa, de buen corazón, Gracita es una auténtica candelariera, enamorada de su pueblo y de sus vecinos.

■

CON EL CORAZÓN

Si yo me marcho de aquí,
porque así está destinado,
un abrazo yo les dejo a los que
a mi lado han estado. Aquellos
que no estuvieron, también
tienen mi perdón, pues tengo
un alma limpia y solo
desprendo amor.

CANCIÓN A LA VIRGEN

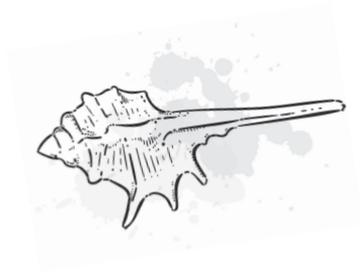
En mi pueblo pesquero, de Candelaria, donde faena el hombre, junto a la playa de arena negra, como mi Virgencita. Las mujeres esperan a la Morenita. El 2 de febrero la veneramos, y nos hacemos eco cuando cantamos. Tú que tienes la dicha de hacer milagros, escribo este poema con entusiasmo. ¡Oh, Virgen Morenita de Candelaria, siempre te acompañamos junto a la playa!

A LA VIRGEN DE CANDELARIA

Mi Virgencita querida.
Mi Virgen de Candelaria, te llevo
en el corazón, y te canto con el
alma. Es la Madre de Canarias, es la
Madre linda y bella.
Te adoramos con fervor,
siempre serás nuestra estrella.
Suenen tipples y guitarras.
Entonemos nuestros cantos.
Que nos dé su bendición y nos
cubra con su manto.

EN UN BANCO SOLITARIO

En un banco solitario, se pueden adivinar
las penas de una persona que camina sin parar.
Quiere esconder el dolor, pero cuando mira bien,
ve un cuchillo junto al banco y piensa qué puede ser.
Lo coge con alegría porque pan y queso lleva
lo coge con sorpresa, y se lo lleva. Se hace un
bocadillo y se lo come.
Esto no es ficticio, es real, y yo lo sé. Hay cosas en este
mundo que, a veces, no sabemos ver.



ISA

M.^a Isabel Afonso Peraza. nació y reside en Güímar, es licenciada en Periodismo por la Universidad de La Laguna, en la que también cursó la diplomatura de Magisterio. Exfuncionaria de la AGE, actualmente tiene publicada la novela “*Cumar limón y fría*”.



HEROÍNA DE PILATES

Sintió cómo el rodillo de espuma dura le presionaba el costado derecho, mientras trataba de imprimir todo su impulso para desplazarse sobre el, tal y como el ejercicio requería. Sus compañeras de parque también hacían lo mismo, pero se aplicaban en ello sin que les ocasionara un esfuerzo aparente. Su resuello silbante y seco le ardía en la garganta, como si se hubiese tragado el día más ardiente de todos los veranos o estuviera a punto de vomitar una llamarada por su boca, como un dragón. Aun así, continuó con su empeño sin descanso, empleando una energía inusitada para sus casi ochenta años, a los cuales no se les podía atribuir la respuesta que explicara de qué profunda caverna emergía esa persistencia obstinada que anegaba en ríos de sudor su rostro pequeño y encarnado, a qué extraños designios obedecía ese ímpetu casi sobrehumano que la arrastraba a martirizar su cuerpo frágil.

Trató de darse la vuelta hacia el otro costado sobre el rodillo, pero sabía bien que aquel monstruo hinchado, que se había instalado a vivir en ese otro lado de su cuerpo, no se lo pondría nada fácil. Con un esfuerzo definitivo apoyó el desproporcionado brazo en el suelo para girarse, aunque justo entonces sintió un crujido agudo, como si todas las fibras de sus músculos hubieran explotado bajo la piel de aquella masa deforme que se resistía a obedecerla y que le produjo un tormento extremo, un dolor que no debía corresponder a ninguno de los dolores de este mundo. Un suplicio la recorrió de arriba a abajo dejándola extenuada, pero aún tuvo la valentía de convertir el grito urgente que acudió a su boca seca en un suave gemido, con el que intentó neutralizar cualquier atisbo de rendición.

A continuación, se dejó caer hacia atrás, como en una última exhalación de despedida. Aturdida y con la mirada clavada en las intensas luces blancas que despedían los tubos fluorescentes del techo, cerró los ojos. Por un breve y eterno instante sintió que su fortaleza se resbalaba por sus huesos, por su carne trémula, que se salía de sus venas para escaparse de su cuerpo y de su mundo cada vez más pequeño. Sin pretenderlo, comenzaron a desfilar por su cerebro, a toda velocidad, imágenes gratas y también dolorosas que conformaban el puzzle de su vida y que había compartido con él. Inesperadamente, la sangre de heroína le hirvió dentro del pecho como un torrente sin límites, llenándola de una fuerza desconocida.

Con un impulso repentino, se colocó de nuevo sobre el rodillo y se dijo, como quien dicta una sentencia: «si yo no estoy fuerte, quién lo cuidará».



JOSÉ MARÍA

José María García Plata, aunque afincado en Canarias desde 1972, nació en Ahigal (Cáceres). Entre sus obras publicadas podemos encontrar: once poemarios, dos novelas, un libro de relatos y un entremés. Ha sido galardonado con ocho premios de poesía y uno de relato. Forma parte de varias antologías con obras finalistas.



GUAJARA

Walter Smich supo que había llegado a las cabañas de Guajara por el chorro de humo que sus chimeneas vertían al cielo. Su construcción de piedra quemada formaba parte de las heridas del volcán y en nada difería del renegrido entorno.

Sentados en el suelo, con las espaldas apoyadas en los muros de las casitas, hombres de baja estatura y piel curtida despedían la tarde envueltos en sus ponchos de lana. Hablaban entre sí con desenfado. Y, a pesar de las carencias que sufrían y los rigores del clima, parecían felices allí a solas con las cumbres y el silencio.

—¡Hola! — saludó Walter a su llegada.

—¿Quién eres?— le preguntaron.

—Me llamo Walter, soy alemán. Vengo a realizar trabajos de vulcanología — logró decir en un castellano forzado.

—Está bien — contestó uno de los hombres.

Walter se deshizo del equipo enfundado que portaba y lo depositó en el suelo. Luego se quitó el sombrero de fieltro con que se cubría, dejando su cabellera rubia al aire. Esta y su lechosa piel le daban el contrapunto al entorno.

—Te esperábamos — dijo el hombre que había hablado antes.

—¿Y usted es...?

— Rayko Perdomo, jefe del poblado.

Walter le tendió la mano y saludó después a los de las casitas contiguas, pero ninguno despegó sus nalgas del suelo.

Un lagarto tizón tendía su escamoso cuerpo sobre la tapia exterior de la cabaña de Rayko. Aprovechaba, como ellos, los últimos rayos de sol para caldearse. Unos rayos, que más que calentar, herían la piel y se incrustaban en la carne como frío acero.

—En la costa es julio todavía — dijo Walter, para romper el hielo.

—Por aquí arriba no pasa julio ni agosto — comentó Rayko Perdomo.

Abajo, en la ciudad, las luces empezaban a emitir destellos multicolores. Desde la montaña era un espectáculo agradable de observar a aquellas horas.

Rayko se puso en pie, dio unos pasos y cruzó la puerta de su casa. Le seguía el recién llegado, al que había invitado a pasar.

Un cuarto con dos camas de hierro, una mesa antigua de madera con tres taburetes y la chimenea, en un rincón de la estancia, componían su morada.

—El señor Walter, el alemán del que nos habían hablado — lo presentó Rayko a su mujer e hija, quienes a la luz de un candil se afanaban en la preparación de la cena.

—¿Qué tal? — preguntó la esposa sin apartar la vista del fuego.

—Guajara, ¿no saludas? — increpó Rayko a su hija.

La muchacha sacudió su despeinada cabellera negra y se desentendió de lo dicho por su padre. El alemán intuyó, a pesar del desaire de Guajara, que en el pecho de aquel descuidado ser galopaba el corazón de una joven comprensiva. Y hasta sintió morbo hacia ella, que seguía reticente debido a su presencia en la cabaña.

«Guajara, como el volcán. Bonito nombre».

«¡Qué pálido!», pensó ella.

—Voy a acompañar al señor Walter a la cabaña que ocupará durante su estancia aquí — dijo Rayko, hechas las presentaciones.

Y salió de la casita. El alemán, detrás, se despedía de las mujeres con una sonrisa y un «hasta luego».

—Aquí no hay grandes cosas. Te aburrirás — le advirtió Rayko.

—No se preocupe, estoy acostumbrado.

Los días pasaban monótonos para Walter. Los trabajos de vulcanología daban ya su fruto y él iba adaptándose poco a poco a aquella gente montaraz. Hablaban en los atardeceres. Ellos les explicaban el arte del pastoreo, el del ordeño de las cabras y el del acopio de pinocha, que permutaban luego por alimentos a los labriegos de las medianías de la isla. Él, Walter, les hablaba sobre los volcanes y sus comportamientos.

—¿Tú crees que este vomitará fuego otra vez? — le preguntó Rayko.

—No hay peligro. Pueden estar tranquilos.

Así, en los ratos de asueto, fueron cogiendo confianza los del poblado con Walter y este con ellos. Hasta Guajara veía al extranjero de forma diferente a aquel primer día. Una tarde, la chica lo miró frente a frente y se dio cuenta de que los ojos de Walter eran del color del cielo que techaba la cumbre volcánica. Él también se percató de que la muchacha forzaba los labios para no dejar sus paletas al descubierto.

—¿Por qué tienes ojos de cielo?

—En tierras de poco sol somos de piel blanca, rubios de pelo y de ojos azules —le aclaró él.

La chica no comprendió lo que le había dicho, pero dio por buena la respuesta. A partir de entonces, Guajara se acercaba con frecuencia a Walter y le hablaba del volcán y sus misterios.

—«No hay que enfadarlo» —decía—. Cuentan que aquí pasaron cosas terribles hace muchos años: hubo celos y muertes entre los hombres del poblado y en venganza, la tierra vomitó fuego. Desde que pasó aquello, hemos tratado de vivir

en paz y buena compañía, y por eso el volcán también está tranquilo y nos respeta.

En el poblado se veía con recelo que Guajara hubiera intimado con Walter.

—Te prohíbo que andes con él a solas — le espetó su padre un día.

—¿Por qué? Es bueno y me habla de cosas que no conozco.

—Por eso, porque te habla de cosas.

Bastó el impedimento para que la curiosidad apareciera con más fuerza. Y lo que no había pensado hasta entonces la chica, se volviera pertinaz en su cerebro.

Los ojos del alemán, que tenían un brillo especial aquellos días, se velaron con la ausencia de Guajara.

Y lo que antes era atmósfera nítida para él, se tornó brumosa e irrespirable.

—«¡Qué triste es la vida en la montaña!», repetía para sí el alemán.

Ella, Guajara, desde la puerta de su casa, no apartaba la vista del cono volcánico. Sabía que allí, perdido entre la negrura de las piedras trabajaba el extranjero.

La situación comenzó a resultarles fastidiosa, a la vez que incomprensible.

—«¿Por qué?», se preguntaban.

Una tarde, velándose con los rayos de sol en su despedida, Guajara se escabulló y fue a dar con Walter.

Hablaron de cosas triviales: del monte, del mar, del cielo...

—¡Cuánto tiempo sin verte! — exclamó Walter mirándola a los ojos.

—No digas eso — le increpó ella.

Walter calló, pero su mirada seguía clavada en los ojazos de la muchacha.

—No me mires así.

—No digas eso, no me mires así, no...

En aquel momento, los labios de Walter quedaron silenciados, mientras sus brazos rodeaban el talle de la joven. Ella no objetó nada. Más bien, aunque sorprendida, se dejó llevar por los acontecimientos. Fue la insistente mirada del alemán la que venció la extrañeza en la muchacha. Se abrazaron, se besaron y rodaron ladera abajo hasta que sus cuerpos quedaron trabados en unos matojos que los ocultaban de toda indiscreción. Allí, en el momento en que el sol se hundía tras los picachos, el deseo se impuso a la razón y a la cordura.

La felicidad que embargaba a Guajara hizo pensar en lo peor a los del poblado.

—¿Tú crees que ya...? — preguntó Rayko a su hermano.

—Por la gloria de los nuestros, que ha pecado. Mírale la alegría en su cara.

—¡Dios...! Nos ha deshonrado y ha deshonrado a los de su casta, que es lo más sagrado.

Las náuseas de Guajara darían pronto la razón a su tío Beneharo.

El volcán asfixiaba cada vez más a Rayko, su padre. Mirar hacia su anfiteatro era como echarse un dogal a la garganta. Salía y entraba en la cabaña sin sentido aparente, subía a la cumbre, quemada sin justificación alguna y ni lograba conciliar el sueño ni había paz para su alma.

—¿Qué hacemos? — preguntó Beneharo.

—No lo sé, hermano.

—Déjalo de mi cuenta, Rayko.

Beneharo, arrodillado ante la cama de la chica, le insistía:

—Por los nuestros, Guajara, ¿has estado con el extranjero?

Pero ella, con la mirada perdida en la techumbre y el corazón encogido, no se pronunciaba.

—¿No me has entendido?, ¿que si habéis pecado?

La chica se volvió hacia la pared, cubriéndose la cabeza con la espesa manta con que tapaba su cuerpo, y tan solo dijo en voz débil:

— ¡Déjame, en paz!

Aquella noche, los hermanos Perdomo partieron hacia el corazón del volcán. Delante, Beneharo. Rayko lo seguía a tres pasos de distancia. Tan negro y áspero era el terreno que pisaban como sus propios pensamientos. Pero mientras que la tierra emitía algún quejido de roca que estallaba o de grillo chirriante, ellos se movían como tumbas.

Llegaron con los albores. Como alimañas, se fundieron con la escoria volcánica y esperaron la venida de la luz natural del día.

En la cabaña de Rayko, su mujer y la de Beneharo velaban el sueño de Guajara. Sus labios estaban sellados, pero sus gestos delataban sus crispados pensamientos.

—Bébeteste esta agüita — dijeron cuando despertó.

—¡Quítenme de aquí esa mierda!

—Pero hija, tú sabes que...

—Que nada. Que no me la bebo. ¡Malditas sean!

Un sol escarlata asomaba por el horizonte tiñendo el volcán de granate. Walter enfiló la vereda que habían llevado los Perdomo en horas de la madrugada. Caminaba tan pesaroso como la bola solar trataba de elevarse en el cielo. Llegó al tajo, se aligeró de equipaje y, al iniciar su labor, los hermanos se alzaron como fieras desde las entrañas de la tierra. Rayko llevaba en la mano una afilada estaca de pino.

Beneharo, una azada. Corrían hacia Walter vociferando y con ademanes alterados.

En la cabaña, madre y tía trataban de forzar a Guajara para que se tomara el abortivo.

—¡Malditas sean las dos! — repetía la chica.

—¡Maldita tú por habernos deshonrado!

Los hermanos llegaron hasta el alemán. Las armas alzadas y sus ojos emitiendo el mismo reflejo sanguinolento que el sol en su salida.

—Nunca tenías que haber venido a estas tierras.

—¡Traga! — se imponían las cuñadas, mientras sujetaban la cara de la joven.

La sentencia se había dictado y estaba a punto de cumplirse, según la ley de aquellos hombres. Los hermanos Perdomo y sus mujeres daban las batallas por ganadas. Walter y Guajara las daban por perdidas. Pero, en el instante en que iba a procederse a su ejecución, rugió el volcán.

LA PESCA

—¡Muchachos, levemos anclas! — dijo el patrón, cuando la nube agarrada al sur del caladero empezó a centellear y un viento tibio meció el barco.

Pero los marineros centrados en la faena, hicieron oídos sordos.

—¿Qué hacemos, chicos? — volvió a apremiarles don Moncho.

—Seguir pescando — contestaron.

—Miren que...

—Nada, padre, en peores nos hemos visto —le cortó su hijo Eulalio, que pescaba bajo sus órdenes. Contestación con la que todos sus compañeros estuvieron de acuerdo.

Sobre cubierta, firme como un poste, se dibujaba la huesuda silueta del patrón. La gorra marinera blanca calada hasta las cejas. Entre los dientes, el caño de la pipa de palo de morera y la vista fija en el nublado, que se acercaba, según él, con mal augurio. La luna llena aparecía apenas por naciente y proyectaba la sombra alargada de don Moncho sobre la superficie del agua y titilaba al compás del balanceo del Volador, nombre del barquito con el que faenaban.

«¡Maldita sea!», decía para sí el hombre.

Los atunes saltaban enloquecidos al olor del cebo. Salían de dos en dos colgando de las cañas. Todos de igual tamaño, como si hubiesen crecido a medida.

El barco fue acelerando su balanceo según arreciaba el viento. Ora se escoraba hacia babor, ora hacia estribor o cabeceaba como si fuera a partir el mar en dos mitades con la quilla. El cielo se resquebrajaba con cada relámpago y empezaron a caer bolas de granizo como pelotas de tenis, que impacta-

ban sobre el cuerpo de los pescadores. De pronto, se oyó un trueno por encima del barco, luego otro y hubo un retumbo como de tambor sobre la superficie del mar, que retornó de nuevo a donde faenaban pasados unos segundos.

El patrón miraba a los marineros con ojos desorbitados, pero no pronunciaba palabra.

Un fuerte golpe de mar estuvo a punto de voltearlos.

—¡Vámonos, patrón! — dijeron entonces los chicos.

Don Moncho zarpó a merced de los elementos. Costeaba buscando refugio en los cantiles. El timón saltaba entre sus manos, haciéndole perder el rumbo. El viento, huracanado y calentorro, soplaba como si viniera desde las mismas fraguas de Vulcano. Nadie allí despegaba ya sus labios, sino que rezaban a la Virgen del Carmen, patrona de los pescadores y a Santa Bárbara para que cesara la tormenta.

—¿Cómo lo lleva, don Moncho? — le preguntaron.

El patrón apretó la dentadura. Ellos alzaron la vista hacia la nube y se miraron.

Lejos todavía se divisaba la luminaria del pueblo, base de donde habían zarpado tres horas antes con el cielo estrellado y el mar en calma. Era un resplandor bilioso que la bruma aniquilaba a ras de suelo.

—¡Con un poco de suerte...! — dijo uno de los pescadores.

Pero el barco se estremeció, cortándole la palabra.

Las olas se habían vuelto macizas, esféricas. Se estrellaban unas contra otras y hacían girar al Volador, perdiéndolo por momentos entre sus fauces o dejándolo en el vacío sobre sus lomos. El pescado capturado iba cayendo al mar de forma intermitente.

—¡Tranquilos! — dijo el patrón —. Ya queda poco para el ataque.

Y dicho esto, el mar empezó a engullir al barco.

Nadaron. O más bien las olas los llevaron a la deriva mientras vomitaban el agua que habían ingerido. Entre nubes, algún resquicio de cielo se entreveía ya con un color sanguinolento. Fue a esa hora del albor cuando los náufragos encallaron en la Bahía de las Ánimas, donde dicen que arriban los ahogados. Las carnes rotas, las ropas hechas jirones y perdidas la noción del tiempo y del espacio.

— ¡Muchachos, muchachos! — gritó don Moncho.

Pero pronto se percató de que solo tres le contestaron. El otro, su hijo Eulalio...

— ¿Lo habéis visto?

— Nadó con nosotros, pero la fuerza del mar nos separó y acabamos mareados y perdidos.

— Pero ¿cuánto tiempo fuisteis juntos? ¿Hasta dónde, más o menos?

— No lo sabemos, patrón.

Don Moncho andaba de acá para allá haciendo aspavientos con las manos, llevándoselas a la cabeza o poniéndolas a modo de visera sobre los ojos para divisar la superficie del agua.

— ¿Qué es eso que flota allí, a la izquierda del saliente?

— Es un madero, don Moncho.

— ¿Seguro?

— Sí, patrón, seguro.

— ¡Dios mío!

Don Moncho miró al cielo, hincó ambas rodillas en la arena y dijo:

— ¡Juro que para mí se han acabado los barcos!

De nada sirvió la búsqueda de Eulalio, por tierra, mar y aire. De nada los lamentos del patrón durante días en la

Bahía de las Ánimas. De nada las oraciones y las súplicas a sus santos.

—¡Vámonos don Moncho! ¡Vámonos a casa! — decían sus pescadores.

—No, hasta que el mar me lo devuelva vivo o muerto.

Donde las olas de pleamar lamen la orilla, levantó el hombre una cabaña con paredes de piedras y techumbre de matorojos. Allí pasaba el tiempo sin otra compañía que el cielo por arriba, una extensión de lava a sus espaldas y, al frente, el océano. «La mar traerá hasta aquí sus restos», repetía.

Así se le veía en los atardeceres, sentado a la puerta del bohío, fumando su cachimba de algas secas, lo único que fumaba desde el día de la desdicha. O subido en un peñasco como estatua fustigada por alisios. La gorra marinera blanca calada hasta las cejas. Los ojos clavados donde el mar y el cielo se confunden y su pensamiento. ¡Ay, su pensamiento...! O en primavera, cuando se hundía en aquel campo de lava buscando flores con las que tejer una corona que, luego, fondeaba en la Bahía.

«Nunca debió haber ocurrido la tragedia. No supe ser patrón ni firme con mis hombres aquella maldita madrugada».

Las gaviotas chillaban por encima de la caseta. Se lanzaban como dardos verticales con sus alas plegadas a rapiñar tripas de pescado, espinas, pan y otros restos de comida. Pero don Moncho no las molestaba, pues eran su única compañía. Más bien las llamaba a cada una por su nombre, el que él les había adjudicado: Jaquetona, Princesa, Virgencita... Así nominaba a una gaviota joven, dada la virginal blancura de sus plumas. ¡Fueron tantos los momentos compartidos!

No faltó quien dijo que don Moncho andaba ya por último fatigado. Que lo habían visto con toda su pena a cuestras, y que el hombre flaqueaba y se veía envejecido.

—No es el mismo — afirmó uno de sus marineros, después de haberlo visitado —. Váyase a casa, don Moncho —le había dicho.

Pero el patrón se había ofendido, él era libre para quedarse allí cuanto quisiera y que fuera la última vez que se lo insinuaba.

El día en que se cumplió el tercer año de la tragedia amaneció nublado, el mar con un tono grisáceo y las olas revueltas. Don Moncho se sentía indiferente, como si el campo renegrido del volcán y la inmensidad del océano le oprimieran los adentros. Dicen que le vieron buscando florecillas entre las piedras y luego al resguardo del bohío, fumando su cachimba de algas.

Las gaviotas volaban altas en el cielo. Iban raudas y en silencio, como si no quisieran nada con don Moncho. Al lado del patrón, sobre una roca, yacía la corona de flores ya tejida.

«Si no fuera por lo que es, mandaría todo al infierno».

Pero el patrón miró la corona y se retractó de su duro pensamiento.

«Vendrán. Sí, los huesos de mi hijo arribarán a la ensenada cualquier día».

Ya avanzada la mañana salió andando, como tentando cada piedra que pisaba. Llegó a la orilla del agua con la corona de flores en sus manos. Miró a la lejanía y permaneció impertérrito por espacio de diez minutos. Caminó después despacio, muy despacio mar adentro, como si tuviera toda una vida por delante. Así, hasta que el agua le rebasó la barbilla. Entonces le dio un beso a la corona y se zambulló con ella para lastrarla con tres piedras en el lecho, como de costumbre cada año.

Nunca más se supo de don Moncho desde entonces. Nadie ha vuelto a ver al viejo lobo de mar andar por las riberas, las

cañas sobre el hombro y las gaviotas siguiéndole desde el aire. Nadie ha vuelto a verlo a la puerta del bohío, fumando su cachimba de algas secas, ni subido en el peñasco como estatua fustigada por el viento.

Hoy son muchos los que llegan hasta la Bahía de las Ánimas atraídos por el mito de aquel patrón de barco, que fue vecino de la soledad durante tres cabales años.

Allí sigue la cabaña, con sus puertas abiertas, mirando al infinito. La lluvia, el sol y el viento han derruido su techumbre, pero las paredes siguen firmes como el primer día. Las cañas de pescar reposan en el piso envueltas con el moho. En el ambiente molesta ya el silencio, y una quietud de trance se respira. Los pescadores de tierra dicen que, por las noches, se ven luces por la Bahía de las Ánimas. Dos velitas alumbrando que nadie sabe de dónde han salido.

EL BARCO EN DERROTERO

Caminos son de espumas que vuelven a cerrarse los que el barquito a popa se va dejando atrás, mientras a proa se abre de nuevo un ancho surco, que sirve de inflexión.

Senderos de nostalgia de muchos que se ausentan y surcos de esperanza de quien desea llegar.

Así, las despedidas en la estación marítima son muertes prematuras de aquellos que se embarcan y la llegada a puerto es un volver a ser.

No sé por qué pensamos que atrás dejamos todo y allá estará la nada esperando al desembarco.

Se ha roto algo sagrado, seguro en la partida: se desgajó la rama por la que llora el árbol y sabe a ciencia cierta que no verá jamás.

Es triste que llegaras a una familia humilde, que fueras tiernos años la flor más exquisita de tu bello jardín, y un día, formado tallo, tomaras la deriva de abandonar la cuna y en un buque de brumas cruzaras el abismo; dejando a tus hermanos, ancianos a tus padres, la Patria tan querida y, en toda una herida difícil de curar.

Pero hubo que salir, para ganar el chusco.

Dichosos los que nacen y viven en su tierra hasta el día en que les toca partir al Más Allá.

UNA COPA DE VINO Y UNA ROSA

Una copa de vino y una rosa reflejada en su cristal.

Un poema apasionado entre océanos de distancia. Fantasías de bailes que ceñidos, en la noche callada, se involucran y el tic tac de dos relojes en los pechos hacen sublime el instante.

Y uno allá, y otro acá del universo. A pesar de nuestras muchas primaveras, seguimos siendo niños que se funden en abrazo perdurable, como si fuera el primero.

¡Cuánto amor derrochamos en aquel bello lugar: rosa, luz y vino, rojos, ¡que transportan a una laxa latitud donde al fin tantas veces nos unimos!

Fuiste Venus; yo, Cupido, que lanzaba rayos gamma hacia el hemisferio sur.

Que lo nuestro fue espiritual es un axioma y, por eso, no pecamos.

También sé que, a pesar de contratiempos, en un rincón de ambos corazones, sigue ardiendo la antorcha que nos reunirá cuando menos lo esperemos.

Quiero paladear una copa de ese vino y sorberlo beso a beso.



JUAN CARLOS

Juan Carlos Chávez Mora nació el 13 de diciembre de 1968. La vocación por la escritura de este tinerfeño surgió, de forma repentina a la edad de 43 años. Ha publicado dos libros: Desde lo oscuro (alcanzando la tercera edición) y recientemente Tonessia, divinidad inspiradora.



DESQUICIE

Confieso que, pese a los años, aún recuerdo aquel sonido estridente de las máquinas que molían piedras para obtener cal.

Bajo ese sonido reinante, que no desistía, transcurrió mi infancia. Mi camino de rutina al colegio, tanto en la ida como en la vuelta, con la mochila repleta de libros, lo hacía bajo el ensordecedor ruido. Solo enmudecía hacia el ocaso de la semana, cuando los hombres exhaustos lograban la libranza. Hasta que la quiebra la silenció para siempre. La ausencia sonora, tan repentina, me dejaba la sensación de que ese repiqueteo no había cesado. Solo el paso del tiempo logró disipar la sensación que padecía.

Sin embargo, mi estancia en ese lugar veinte años después, ya convertido en un complejo hotelero, ha trastocado mis emociones y mi mente se ha adentrado nuevamente, y, con fuerza, en un repiqueo incesante, llegando a ser insoportable, como si esas máquinas aún estuvieran presentes en su labor. Mi hijo, el dueño del hotel, me había invitado a pasar unos días en su mejor suite con vistas espectaculares, jacuzzi y todas las comodidades existentes.

Pero, desquiciado por ese ensordecedor ruido que solo existe en mi cabeza influenciado por el lugar que fue, me dispongo a abandonar la estancia.

¡Joder! No logro abrir la puñetera puerta. La condenada cerradura se ha atascado. Llamo a recepción y me comunican que vienen de inmediato.

Han pasado diez minutos y nadie aparece. Llamo nuevamente y no contestan. La cabeza me va a estallar. El móvil lo dejé en la recepción; normas del hotel. Mis puños acaban estrellándose, una y otra vez, en la superficie robusta de la

puerta. Siento como si me estuvieran taladrando el cerebro. Me dirijo al balcón y grito para que me auxilien. Va a ser difícil que alguien me escuche desde un vigésimo piso. Me adentro en la habitación y vuelvo a golpear la puerta con más fuerza, si cabe. Me giro y regreso apresurado al balcón.

El eco de un alarido se enmudece ante el estruendo de un cuerpo.

Su hijo desactiva el sonido estridente de la habitación.

EL TIPO DE LA CAPUCHA NEGRA

Un sujeto, elegido al azar, es arrastrado contra su voluntad a este relato.

Lo sueltan a altas horas de la noche por las calles enmudecidas de la ciudad. Corre el riesgo de que, debido al género oscuro del que se caracteriza los relatos de este autor, aparezca descuartizado en una esquina. Pero este sujeto resulta ser un psicópata asesino. En el bolsillo interior derecho de su chaqueta lleva un cuchillo afilado y, en el izquierdo, una lista de víctimas.

Se aproxima un tipo con el rostro cubierto por una capucha negra. Su robustez física le impresiona. Intuye que ese hombre debe de pasar horas en el gimnasio. Pero no le teme. A pesar de ser un enclenque de corta estatura, es muy hábil con su arma blanca y está convencido de que lo añadirá a su lista. El tipo de la capucha se detiene ante él y le pregunta que si va a continuar con sus crímenes. Sorprendido por el conocimiento de sus hechos, le responde con una afirmación desafiante. Sin perder un segundo más, extrae una pistola del interior del suéter. El psicópata le muestra su dedo corazón hacia arriba, toma impulso y, de un salto, sale del relato, impacta contra el escritor y ambos caen al suelo. El psicópata suelta un par de tacos y, en el momento en que se incorpora, descubre en el colgador un suéter con capucha negra. Extrae el cuchillo del interior de su chaqueta y el escritor, aún inconsciente, muere degollado.

En la mesa, junto a un cuaderno de relatos abierto, encuentra una lista de víctimas en la que figura su nombre.

LA PRESENCIA

Llevo unos días percatándome de que alguien me observa. Por más que lo intento, no consigo ver su rostro. Me detengo, me giro y se diluye, pero siento que lo tengo a mi lado. Es más, percibo su respiración. Quizá me estoy volviendo loco. Lo que voy a hacer es ignorarlo. Seguro que, en un par de días, desaparece de mi vida o de mi mente. Yo creo que es más esto último.

Ya llevo varios días y aún noto su presencia. Me tumbo en la cama y cierro los ojos. De repente, los abro y descubro de quién se trata. Alzo los brazos rápidamente, lo agarro por el cuello y lo estrangulo hasta dejarlo sin vida. Me apodero de su pluma y escribo el siguiente relato.

EL OSITO DE PELUCHE

Al salir del baúl, se produce un reencuentro repleto de emociones cargadas de deleites. Los guiños recíprocos renacen con fuerza. Los secretos más íntimos se guardan nuevamente. Como antaño, se untan de cariño intenso. Se revive la inocencia perdida. Volvemos a dormir acurrucados.

Me despierto bruscamente; la realidad se impone y me encierra, otra vez, en el baúl con los demás juguetes.

INTRIGA

Padezco de aerofobia. La última vez que viajé fue una auténtica pesadilla. Grité como un poseso ante las turbulencias que azotaban el avión. Las azafatas no conseguían calmarme. Menos mal que la duración fue breve, de lo contrario no sé qué hubiera pasado.

Estoy barajando la posibilidad de visitar a un psicólogo. He llamado a varias consultas y resultan muy costosas. Tendré que hacer un gran esfuerzo económico; no me queda más remedio si quiero viajar algún día a Nueva York.

Me dirijo a la consulta seleccionada. Tiene buenas referencias. Al aproximarme, diviso a mi madre salir de ahí. Me oculto rápidamente detrás de una furgoneta. Me pregunto a qué se debe su visita. Poco después, mi padre viene a recogerla en el coche; eso me lleva a pensar que lo sabe, o no, porque la acción se llevó a cabo a unos veinte metros de la consulta. Mañana iré a visitarla e intentaré, sabedor de la dificultad, sonsacarle algo. Tengo ansias por saber qué le ha llevado a tumbarse en un diván a exponer su dolencia psicológica, y a responder un aluvión de preguntas.

Me recibe afable, como es habitual en ella. Sentados en el sofá del salón tomando un café y unas galletas, metidos en conversación, la observo y, para empezar, la veo como siempre; alegre, vivaz, con entusiasmo y en un estado permanente de planificar proyectos. Ahora pretende dar la vuelta a la isla en bici. Tiene muy buena condición física, a pesar de que se aproxima a los setenta. Pues no lo entiendo, algo oculto debe tener que no exterioriza. No me atrevo a preguntarle por temor a su reacción. Es muy reservada y le indigna contar sus cosas, aunque sea a su familia. Recuerdo la vez que llevaba en

su vientre a mi hermano. Me enteré, al igual que mi padre, cuando el estado de gestación estaba avanzado. Mi padre se disgustó muchísimo, y con razón, teníamos derecho a saberlo. Ella se negó a dar explicaciones. Estuvieron a punto de separarse. Nunca lo entendí, cuando es para gritarlo a los cuatro vientos. Mi madre, es a veces, es un poco extraña. Recuerdo también aquel día que le sustrajeron la cartera en el tranvía. Pues tampoco lo contó. Lo descubrimos porque ella sin saberlo, mi padre conocía, al policía que tramitó la denuncia. Dio la casualidad de que nos encontramos con él en la calle, estando de servicio, y este, pensando lógicamente que la familia lo sabía, hizo un comentario acerca de la denuncia. Supongo que habrá más cosas de ella de las que no nos hemos enterado.

He optado por no preguntarle, no tengo ánimos para soportar situaciones desagradables y, menos, con mi madre. Pero no puedo evitar la curiosidad de saber qué es lo que le trastorna porque, para ponerse en manos de un psicólogo, tiene que estar muy mal. Me planteo incluso preguntar a mi padre si sabe algo al respecto. No, pensándolo mejor, no; no tengo ganas de provocar otra fuerte discusión entre ambos. Quizás, esta vez, su relación sí desemboque en su separación. ¿Mi hermano sabrá algo? No lo creo. Ese va a lo suyo. Según me cuentan ellos, siempre está fuera y solo va a casa a dormir.

En mi siguiente sesión con el psicólogo, tras varias preguntas acerca de mi fobia, se me ocurre rogarle que me cuente qué diablos le pasa a mi madre. El facultativo frunce el ceño y me asegura que, en su lista, no figura ninguna paciente con ese nombre. «No es posible. Yo la vi salir de esta consulta y no estoy loco» comento para mí mismo.

Una explicación repentina provoca que me detenga en seco en el trayecto de regreso a casa. Quizás el psicólogo, aun-

que sea su hijo, optado por la discreción, por el bien de mi madre, ya que el problema que arrastra es demasiado grave y no conviene comentarlo. Un momento, ¿y si no se trataba de ella? Pues el parecido era espectacular; hasta en la forma de caminar, como si lo hiciera de puntilla. Pero, espera, que mi padre la recogió. ¿Y si tampoco era él? Desde luego el parecido resultaba también asombroso. Incluso el coche: un Ford Focus rojo. ¿Y si se trataba de mi padre y no de mi madre? Adulterio a la vista. ¡No sé! Me estoy desquiciando. Mejor me olvido del tema. Ya lo superará.

En la próxima visita a mi madre, esta vez entre chocolate y churros, me comenta que se había olvidado de decirme que había visto a Julián, mi amigo de la infancia, justo cuando se adentraba en la sala de espera del despacho de un psicólogo, y que había ido tras él para saludarlo.

I

La mar,
preñada de bravura,
deshoja mis quejas hacia su profundidad.
Se aleja impávida de mi mirada,
me desnuda sin avisar.

Su salitre,
impregnada en mi esencia desde antaño,
se diluye en mi piel.

Se avivan mis lágrimas,
aunque húmedas,
se deslizan secas,
ya nada me hace sollozar.

II

Se fue
con la mirada encorvada, vaciada
y en plenitud melancólica,
y con su imagen
portando nubes desfiguradas.

Se fue
con la sombra flageada
y la claridad de su rostro,
ramificada de penumbras
que parten desde su alma,
cansada y traicionada.

III

Caminemos juntos por la olvidada orilla,
recordando las corrientes salvajes,
que nos llevaban al infinito
en nuestras recíprocas miradas,
que colmadas de acaricias,
fluían ávidas de ser amadas.

IV

Semblante majestuoso,
colma de sensaciones frescas
y aromáticas
mi figura decaída.

Borra lágrimas de mi corazón,
cautiva mi alma
con canciones melódicas,
me carga de dicha
y me ilumina con colores bellos,
que no se apagan
ni pintándolos de negro.

Esas tormentas que acechan,
siempre se desvanecerán,
puesto que ese semblante majestuoso
hará brillar las estrellas de júbilo
en las noches de oscuridad.

V

Un ayer me desborda,
me desalienta,
me clava sigilosamente
sus punzadas,
me paraliza.

Trato de esconderme
en el ahora,
pero ese ahora me rehúye,
se me escapa por pasadizos
inaccesibles.

Sucumbo,
ya sin aliento,
en ese ayer depredador.

VI

Amaneceres que no llegan,
poemas incompletos,
bosques desnudos,
mares secos, sol oscuro.
Así se deshace su rostro, s
u alma,
su esencia.

VII

Noches de cuchilladas
ensombrecen mi helado rostro
de horrendos alaridos,
que se ahogan en cutres esquinas
donde se amontonan miradas mutiladas,
vetadas de absorber abrazos y besos.

VIII

Funestas imágenes se mueven encarceladas
en pasiones no sentidas.
Donde mis pasos avanzan estáticamente,
y donde mi sacrificio se estrella
contra una realidad plagada de sombras
con rostros agresivos;
apuñalándose mutuamente
y salpicando el palpitar desangelado
de mi arrancado corazón.



LOURDES

Nació en el centro de Santa Cruz de Tenerife y vivió, durante su infancia y juventud, en la calle de Suárez Guerra, justo enfrente de Radio Club Tenerife y en la acera del recordado periódico La Tarde. Eso influyó en su personalidad y, por encima de todo, en su incondicional amor por el periodismo y la escritura, por ello estudió Ciencias de la Información, en la rama de Periodismo.

Aunque primero se presentó y aprobó una oposición para contribuir al sustento familiar y sacar adelante a sus tres hijos, después de obtener el carné de conducir, estudió Graduado Social, con lo que la defensa y los temas laborales se encuentran entre sus grandes intereses. Siempre ha escrito sobre distintas disciplinas, simultaneando su trabajo en la Administración, con las más diversas inquietudes. Participó en un programa de televisión de debate y también en varias emisoras de radios en programas de actualidad, sociales, culturales. Etc. Ha ejercido el periodismo escrito en diferentes épocas, donde se especializó en la entrevista personal.

Su amor al Arte la llevó a ser propietaria de la Galería de Arte Canarias Siglo Veintiuno, y en esa etapa

escribió sobre pintura y escultura. A pesar de lo corta que fue aquella experiencia, luego siguió colaborando en radio en espacios culturales sobre pintura, escultura, cine y música.

Y, ahora, con estos compañeros y amigos de Escritores 2020, colabora en este primer volumen, que espero que les guste.



TIENE

Tiene,

tiene esa belleza serena, ese trato amoroso y a veces lejano.

Tiene ese perfume que esparce a todo el que la visita.

Tiene esa emoción contenida, que provoca cuando la descubres.

Despacito, poco a poco...

Tiene una luz cegadora que te envuelve y, cuando camino a su encuentro, me deleito en sus formas, agrestes o redondeadas.

Y sus colores verdes, marrón; negro o azul.

Tiene un misterio que oculta en sus altivas montañas.

En sus cimas y en sus valles abrigados de pinos, o de tabaibas y cardones.

En su patrimonio de flores y laurisilva.

En sus frías aguas, en un abrazo al Atlántico.

En ese alisio que por momentos azota mi cara.

Me despierta un sentimiento de pertenencia a esta tierra, desde hace mucho...

Desde siglos.

Desde siempre, Tenerife.

RELATO EN DEFENSA DEL GATO

Tenía ojos de color caramelo, grandes y curiosos, y me miraba fijamente como queriendo adivinar mis intenciones. Aunque creo que no se fiaba mucho, pues nos había conocido poco tiempo atrás.

En aquella época, por las mañanas mi hija, que había venido de Valencia de terminar su máster, entraba en la habitación que perteneció a su hermana y abría la ventana delante de la cual se mecen, y se mecían, las finas ramas de un aceviño, árbol canario parecido al olivo, que yo había plantado hacía muchos años. Entraba como siempre la matinal brisa fresca y ella se preparaba el escritorio con sus apuntes a un lado, las fotocopias de los temas a estudiar a otro, el ordenador en el centro y la impresora en el fondo. Las dos hojas de la ventana eran el marco de la vista y el verde de las ramas lo ocupaba casi todo, salvo a la izquierda el muro que separaba la otra vivienda vecina y, a lo lejos, la empinada cerca que resguardaba las piedras y la tierra de los jardines de la calle de arriba. Pues bien, se tumbaba en el tejadillo del cuartito trastero de los vecinos cercano al muro, un gato amarillo, que, al sol de las luminosas mañanas de aquellos años, estiraba su peludo cuerpo atigrado, mirando de soslayo a mi hija cuando esta recitaba oralmente los temas de su oposición. El felino parecía que la entendiera y que estuviera interesado en esos difícilísimos temas de Derecho.

La pobre muchacha vivía enclaustrada, pues había aparcado amistades y salidas lúdicas y su vida transcurría entre la habitación de estudio, su dormitorio y sus visitas de los jueves a la capital, hasta la que iba a clase del preparador, que hacía de inquisidor, para ver si se sabía de memoria el tema de la

semana y en el tiempo récord de los veinte minutos que debía durar su exposición, mientras otros jóvenes de su misma edad también cantaban el tema en cuestión.

Su contacto con el mundo era restringido, por tanto. Y aquel gato adulto, con su presencia y en silencio, le hacía compañía, la miraba y ella, con simpatía, le hacía carantoñas; era su amigo en la distancia.

Un día, sin embargo, el gato vagabundo se mostró hambriento y le maulló tibiamente. Entonces, ella bajó corriendo las escaleras y sacó de la nevera media loncha de jamón cocido. Llamándolo, se la intentaba acercar y, a pesar de que el animal estaba desfallecido despacio y con miedo, se fue acercando y saltó del muro al repecho de la ventana. Como si quisiera asegurarse de sus buenas intenciones, el gatito se paró, afianzándose, y movió la cabeza de un lado a otro, al tiempo que emitía un maullido bajito y la miraba fijamente. Por fin, ¡se atrevió! Y, dando un salto, limpiamente llegó al escritorio y alcanzó el jamón que Laura le mostraba en su mano.

Eso firmó definitivamente la amistad y el amor que le llegó a profesar a mi hija. Jornada a jornada y desde la mañana a la noche, montó guardia junto a ella; primero en el repecho de la ventana, luego en el suelo de la habitación y, después se echaba a dormir en un extremo de la mesa, cerca del flexo, que, aparte de luz, a él debía de darle calor.

Entonces le compramos comida para gatos y dos cuencos; para que tuviera en uno el pienso y, en el otro, el agua. Los situamos en el jardín, pues él se quedaba todo el día; mi hija incluso le puso una pequeña alfombra, que no usaba, para que durmiera allí, pero ¡fue en vano! Él quería quedarse dentro de la casa, así que Laura llevó la alfombra a su dormitorio y, a partir de ese día, siempre se quedó allí.

En realidad, no sabíamos de quién era, aunque parecía que vivía en la calle. Y insistí en desparasitarlo pero, claro, eso supondría llevarlo al veterinario y ¿cómo lo hacíamos? No podíamos transportarlo, así que lo que vimos primero fue un spray para parásitos que le aplicamos y que no le gustó nada.

Pasado algún tiempo, Laura se fue a examinar a la Península y el gatito seguía en casa, aunque salía por los jardines y se daba sus paseos. Una tarde, al regresar, observé que tenía un lado de la cara un poco hinchada, así que lo metí en el bolso transportín que le habíamos comprado por si un día necesitaba ir al veterinario y lo llevé. Su diagnóstico fue que se había clavado algo, además y precisaban hacerle un análisis. De esta manera me enteré de que era Cero positivo padecía la enfermedad de Inmunodeficiencia del gato que no se contagia a los humanos, que debía rondar los cuatro años y que estaba esterilizado; con lo que ¡debía de tener dueño!

Mi hija preguntó por los alrededores por si alguien había perdido un gato, y nadie sabía nada de él, hasta que una amiga que pertenecía a una ONG de animales le contó que había una vecina que buscaba al suyo, Akida, y que estaba preocupada porque el animal se encontraba enfermo.

Laura, con mucho dolor y aconsejada por mí, llevó el gato, con la media cara vendada y las medicinas que debían de darle, a la dirección indicada. La mujer se puso muy contenta al verlo, y la puso en antecedentes. Akida había pertenecido a otra vecina, pero cuando esta acogió, a más gatos, él se refugió en su casa y que como se encontraba muy sola después de divorciarse, el gato había estado un año con ella. No obstante, Akida había ido espaciando sus visitas hasta que, un día, dejó de verlo. Mi hija le explicó que nosotras lo habíamos adoptado y llevado al veterinario, que lo habían operado y

que, aunque se estaba casi recuperado, precisaba continuar con el tratamiento. La mujer se lo pensó un momento y le confesó que trabajaba todo el día en una tienda, por lo que no tenía tiempo para atenderle, y creía que, si lo habíamos cuidado tan bien, pues que siguiera con nosotras.

Así que el gato llegó formalmente a ser parte de nuestra familia y tuvo domicilio oficial. En el veterinario le habíamos registrado con el nombre de Vecino, y ahora le pusimos el chip con sus datos. Poco a poco se fue poniendo mejor y se curó. También hablamos con su primera propietaria, quien estuvo conforme con nuestra adopción. Ella nos contó que, siendo muy pequeño lo habían encontrado sus hijas, en un contenedor de la basura, que cuando cumplió un año lo habían esterilizado y que, en efecto, como nos había relatado su vecina se llamaba Akida. Sin embargo, al informarnos el veterinario que era un macho, le habíamos puesto de nombre Vecino, pues eso había sido al principio.

Pronto escogió sus sitios preferidos de la casa como el sillón al lado de la cristalera, donde se colaba al sol casi todo el día, su rincón para comer debajo de la alacena de la cocina, la enredadera de jazmín en la terraza al amparo de la que dormía la siesta y el muro por donde se colaba entre las matas de romero. Nos hacía tanta gracia que, al pasar por ellas, se quedaba impregnado de un aroma como a iglesia...

Recuerdo la compañía que le hizo a mi hija durante aquellos tres años de sufrida oposición, sus juegos con las zapatillas, la curiosidad que despertaba en él la impresora y la atención que ponía en la interminable pila de folios que parecía que él también los estudiaba, lo disciplinado que era porque, cuando llamaba a Laura a comer, siempre bajaba detrás de ella a la cocina para ir a comer en su sitio. Cómo se dejaba bañar con

champú gatuno y con agua templada. Sus visitas al veterinario para que le curaran las heridas sufridas en las reyertas que, de vez en cuando, se metía. Su carácter tranquilo y cariñoso, aunque no le gustaba que le atosigaran con abrazos durante mucho rato; su manera de demostrar el afecto que nos tenía rozando su cuerpo peludo contra nuestras pantorrillas; las guardias que montaba detrás de la puerta cuando se quedaba fuera. Su lealtad y el amor por mi hija, los lametones en las manos que le daba, cómo venía corriendo cuando oía el motor del coche de Laura o cómo, cada día, al oscurecer, se acurrucaba a dormir en la alfombra al lado de su dueña y cómo cada mañana la despertaba y le daba ánimos para comenzar otra jornada con sus estudios, primero, y luego con su trabajo.

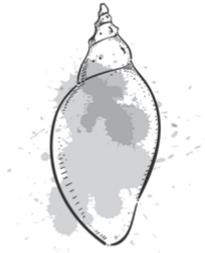
¡Cómo nos acompañó en aquel tiempo de pandemia y confinamiento!, ¡él nos hizo compañía! Cuando contaba con unos diez años, un mal día enfermó y mansamente resistió pinchazos, radiografías y medicinas, pero el sufrimiento que le llevó a aguantar tanto, pero Vecino se fue extinguendo hasta que pusimos fin, al sufrimiento de ese gato callejero que fue uno más de nuestra familia y que tanto nos regaló a las dos.

Por eso no entiendo a la gente que sin conocer como son los gatos, ni entender el carácter que tiene cada animal o su personalidad, pues todos son diferentes; los detesta solo por ser gatos.

No me cabe en la cabeza que haya personas que digan que aborrezcan a los felinos sin conocer a este animal, que lleva miles de años junto a la raza humana. De ello se tienen vestigios a lo largo de la historia como, por ejemplo, en el antiguo Egipto, donde tallaron gatos al lado de faraones.

Desde que la humanidad domesticó al gato, como animal

de compañía y para que lo protegiera de las alimañas y plagas, ha convivido con él. Este le ha proporcionado al hombre cariño, aunque sea un tanto independiente, la lealtad sobre todo hacía la persona con la que tiene un vínculo afectivo y siempre se halla al servicio de la gente que tan mal lo ha tratado en estos últimos tiempos.



MARÍA

María García Bello es una autora que firma su obra con el seudónimo de Almista.

Ha realizado el Curso de Escritura autobiográfica del Ayuntamiento de Candelaria. Los participantes del mismo fueron los fundadores de la Escuela Literaria del Sur.

María ha sido galardonada con el Primer Premio del Concurso de Relatos Senior en el Día Internacional de las Familias 2021, promovido por el Ilustre Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna.

También ha asistido al Curso de Escritura Literaria 2021-2022, organizado por la Escuela Literaria de La Laguna.

Ha publicado un poemario: *Versos Confinados 2020: De corazón a corazón.*



EL ARTE DEL BARRO UNIDO A LAS LETRAS

Ella, sin saberlo, está siendo protagonista de una extraordinaria historia. El viento enmudeció en el instante en que llegó y empezó a caminar con soltura por la calle Amanse, confluyendo con la avenida de los Condes de su comarca, hermandada, arbolada y comercial, llena de juegos y risas. Recordó a Juan Núñez de la Peña, en el año 1676: «El lugar de Candelaria está cuatro leguas de la Ciudad, y para ir a él se baja una cuesta pendiente de media legua, pero pásese a caballo».

Avanzó por la calle El Risco. Sus ojos se iluminaron al llegar al majestuoso lugar de unión de la cumbre y el mar. El sol, con sus rayos, adoraba el lugar. Y vino a su memoria José Viera y Clavijo en 1772-1773: «...Un espacioso arenal, que forma a la orilla del mar, mirando al Oriente, la ensenada o boca del barranco. Redujese a un hermoso convento de PP. dominicos, que se intitula real, y a un suntuoso y bien adornado templo de 3 naves, en donde vienen todas las islas a venerar a su Patrona general N. S. de Candelaria, hallada entre los guanches...».

Acarició las figuras de bronce una por una y recordó a los naturales de esta tierra. Sintió el pulso de siglos de la plaza, amalgama de esperanzas y alegrías, morada de Chaxiraxi. Tiró una moneda en la fuente de los Peregrinos, escuchó el sonido del agua que fluye del hermoso símbolo de fortalezas de las mujeres canarias.

Subió las escaleras, para llegar a la calle Antón Guanche. Sintió otra Candelaria. Y evocó de nuevo a José Viera y Clavijo: «bien que un poco más arriba hay una iglesia ayuda de

parroquia de Güimar con un teniente, y muchas casillas y cuevas habitables...».

Ascendió por la calle La Gomera y descubrió una bella reconstrucción de la casa de las últimas alfareras, las Miquelas, recibiendo este apodo por ser las hijas de Micaela. Casa del magnífico oficio de la alfarería local, toda ella envuelta en el barrio de Santa Ana. Y rememoró a Pascual Madoz, hacia mitad del siglo diecinueve: «tiene una escuela de primeras letras á que concurren 20 discípulos; otra para las niñas á que asisten 6...».

«Escuela de primeras letras», estaba inmensamente feliz, ¡qué descripción más extraordinaria!

En la Casa las Miquelas, conoció una nueva Candelaria a través de los sorprendentes relatos de sus compañeros de escritura. Entre sonrisas, emociones y cómplices de las palabras, recobró vida el pirata Cabeza de Perro y su tesoro escondido en la playa Sammarines. Volvieron, como cada verano, las Boquitas Cambadas. Floreció la bella Gorgolana. Los peregrinos del sur volvieron a ver la Virgen de Candelaria, como cada 15 de agosto. Los charcos, el salitre y el agua se volvieron más azules. La mar, los barcos, el muelle y la maestría de la pesca se fundieron con el amor, la venganza y la tradición familiar. El arte, las tradiciones, el pueblo de Candelaria, sus casas, ventas y bares, sus gentes, a través de los padres, de los abuelos, de sus vecinos. Y, por supuesto, a todos, también les atrapó el culantrillo, ¡tanto como las palabras! y nació la primera Escuela Literaria del Sur.

Y recordó de nuevo a Pascual Madoz: «(...) todos los vecinos se dedican a la pesca y las mujeres a la fabricación de los preciosos búcaros y barros que tanto se estiman aun fuera de las islas; (...)»

Ellas, las alfareras, moldeaban el barro en bellas vasijas, nosotros la Escuela Literaria del Sur modelamos las letras en bellos relatos.

Suspiraba el alisio en la calle Isla de Palma, sus ojos se inundaron de la grandeza del océano y escuchó las olas abrazando a la madre tierra. Recordó las lágrimas fundidas con el mar, y que la marecía dispersa cada día. Se dijo a sí misma: «¡Esto forma parte de la felicidad! En Candelaria, en la Casa de las Miquelas, en ella, que somos nosotros, en la vida y en la muerte, la historia está presente».

En Villa de Arico, 14 de noviembre de 2019.

RETORNO

Me pregunto dónde habitas cuando vuelven las madrugadas
con sus ojos tenebrosos los más gélidos y solos.

Dónde los colores medidos en las alas de paseos Círculo letal
envuelto en las cenizas de tus hojas verdes.

Mordiéndolo las líneas de años no te encuentro, y sigo
buscando en mis adentros, allí guarecido tú y yo renaciendo.

Y siempre vuelven las preguntas, las respuestas, cuaresmas de
sombras, penitencias con lunares de estrellas en las galeradas
impresas.

NO SOY TUS PREJUICIOS

Dijiste cuál era mi linaje, que tenía ojos de china y hasta que mi pelo era crespo.

Pero era solo corazón, pulmones, hígado, intestinos matrices y hasta dos ovarios.

Sangre, y más sangre, agua y más agua, bilis y lágrimas.

Átomos interrelacionando en versos libres, sumados en algoritmos multiplicados.

Y en mi tumba de poeta, linaje de padre y madre, escrito está mi epitafio:

¡Tú siempre mientes!

MI ACENTO

Quise decir versos de lenguaje sublime, emocionando las letras, convocando a la poesía.

De rima asonante, ensalcé con notas de métrica imprecisa y sílabas sin medidas.

Busqué la belleza del paisaje íntimo: santidades en las llamas de inspiración nutrida.

Composición poética amor, cielo, ternura: lo máspreciado, la vida; gratitud enaltecida.

En las bienaventuranzas voces de alisios esparcidas en ningún tiempo, sin un ápice jamás.

TEORÍA DEL CIELO

En los celajes ansiada aventura escultura hecha como un soplo.

La desgajo entre brumas como agua sublime de fuego abrasado.

En las estrellas hay sirenas esperando olas rituales, fundirse (como los caballitos de mar) en la espuma de corales.

Alas de colores juegan con las cometas polen que se esparce por las galaxias perfumando con éxtasis la amargura y dulzura desde la Epifanía hasta la Navidad.

Y en el palpito de mis arterias, de mis cándidas neuronas, supe que existías dentro, acaso un reflejo de gloria entre las nubes blancas.

DESCRIPCIÓN DE UNA COL

Cuando columbraba los domingos mi pulso se volvía colosal para avanzar por el collado y llegar a los surcos de su piel blanca y hojas apretadas: era redonda.

Vivía en un recoleto con más de su reino, espacio de colores: las cebollas, las judías, las zanahorias, el millo... (ella los combinaba). Manjar colmado de perfumes.

Colocado el colgajo en la mesa, coloquios en ella compartían con los allegados desde la colina que coleccionaban vida en esas hojas nacaradas.

En el columpio de madera la veía reír, despojándose de capas y contando que ya no estaba el colchón de fajina, ni la trilla en la era, ni el horno, ni tan siquiera ella... La bruma la hacía ser una colilla.

Temporal y a la vez eterna, sí, ella y mi abuela.

LA CANDIDATA

Temblorosas las piernas. Globos azules peinados.

Elenco de camaradas. Espera el cuarto de trampas. Palcos expectantes y plateas.

La falda, la chaqueta, entre bambalinas.

El atril callado escuchando.

La envidia, la ira, auguran escenas. «¡Por los ociosos parásitos!», exclama ella. El proscenio enmudece, como también las luciérnagas.

EL PASILLO

En medio del silencio las pupilas buscan juegos y fantasmas en el cajón.

Por el largo pasillo escalan los miedos. La madera cruje tras los zapatos pequeños.

Sueños despiertos en las estanterías se reflejan en las blancas paredes acaso espejos de largos inviernos.

En las manos invictas quedan grabadas las dudas: tu marca de nacimiento.



MÓNICA

Hija del primer encargado del cine de Candelaria, que emigró a Venezuela a finales de 1958, a los 24 años de edad, recién casado, con una esposa gomera que quería ver horizontes y descubrir las posibilidades que le ofrecía el Nuevo Mundo, según le contaban sus hermanos en cartas.

Por hacerle el gusto a ella, vivió 31 años allí, y no dejó de hablar de su pueblo de Candelaria ningún día. Cada vez que se sentaba a la mesa, comentaba alguna anécdota de su infancia y juventud en su querido pueblo: coplas, versos, comidas, su gente, su familia...

Mónica nació y creció en ese hogar, en ese lejano país, pero transportándose a Candelaria, tierra soñada, con cada una de las cosas que escuchaba, cada día se enamoraba más de este pueblo y su historia.

Al fin, a los 21 años, en 1989, se vino a vivir definitivamente con sus padres, disfrutando de cumplir el sueño de tantos años, y viendo el cambio de ánimo y la felicidad en el rostro. Se ha sentido candelariera desde el primer momento y, al crecer y madurar aquí, da más valor aún a aquellas joyas que escuchaba de boca de su padre. Hoy, recolectar esos tesoros es la principal razón que

la motiva a escribir y a compartir ese patrimonio con todo el que lo quiera disfrutar. Además, ahora también se encuentra con historias de otros allegados, a los que le encanta escuchar.



HISTORIAS DE ARAYA Y LAS CUEVECITAS

Era muy joven y pertenecía a una de las familias del pueblo, gente trabajadora, sin lujos, pero que enseñaba a sus hijos a ganarse la vida y dar valor a las pequeñas cosas que se podían obtener con el esfuerzo del trabajo. Se acercaban las fiestas del pueblo, pero sus zapatos estaban rotos y se lo comentó a su primo. Su abuela los oyó y entonces les dio una idea:

En las tierras de arriba hay muchas pencas con cochinilla, recojan toda la cochinilla que puedan y llévenla a la venta, que allí les pagarán por ella.

Así lo hicieron, fueron los dos a la tarea y cuando llegaron a la venta con la cochinilla, les alcanzaba para comprarse unas alpargatas nuevas.

—¡Qué alegría, además he podido elegir el color!, ¡deme las azules que me gustan más!

Llegó a su casa con su calzado nuevo y lo guardó con la ilusión de estrenarlos para el baile.

Cuando llegó el día esperado, amaneció contento porque tenía sus planes para disfrutar de la fiesta. Se fue a trabajar y cuando volvió, se dispuso a asearse y vestirse con sus mejores galas. Ya se imaginaba hecho un pincel. No obstante, sus alpargatas no estaban donde las había guardado. Al preguntar a su madre, esta le respondió:

—Tu hermana mayor tenía que ir a la procesión, y no tenía calzado que ponerse, así que espera a que vuelva para ir tú.

Con enfado contenido, se quedó toda la tarde malhumorado, pero haciendo labor de entretenimiento para que pasaran las horas. Sin embargo, se hacía tarde y su hermana no llegaba. Finalmente, se acostó cuando perdió la esperanza de acudir al baile. Pero despertó al volver su hermana. Esperó a

que ella se acostara, se levantó, fue a buscar sus alpargatas y las escondió para que nadie más las usara.

En la siguiente fiesta, se fue a poner sus alpargatas, pero antes preguntó a su madre, quien le contestó:

—No te preocupes. Tu hermana ya tiene unas alpargatas nuevas, puedes usar las tuyas.

Esta historia me la contó una persona muy conocida en el municipio de Candelaria, uno de esos personajes nobles de corazón, sencillos, que no olvidan su origen, de dónde vienen, y lo que les ha costado llegar a donde están.

Esta historia me hace reflexionar sobre varios aspectos de la vida. Por un lado, la oportunidad de buscar un dinero extra, al margen de lo que se ganaba con el trabajo, para sufragar un gasto que no se consideraba imprescindible; el valor tan grande que tenía el haber conseguido sus zapatos nuevos y la ilusión con la que esperaba el día de la fiesta. Y, por otro lado, la nobleza de aguantar su enfado, sin malacrianza, sin arrebatos, sin protestas, ni rebeldías, solo pasó el enfado manteniéndose ocupado y conformándose, a regañadientes, con la situación. El único gesto de rebeldía fue el de esconderlas, aunque luego no hacía falta, porque su hermana volvía a estrenar zapatos en la siguiente fiesta.

La nobleza de este joven, los valores de esta familia, las prioridades de los hermanos mayores ante los menores... Este tipo de cosas no son fáciles de encontrar hoy en día.



PAQUI JIMENEZ

Con dos libros publicados, *Cuando el corazón habla* y *Cien razones*, colaboradora en *Poetas en rebeldía*, Slam Poetric, Colectivo Poebarríos y en *Escritores 2020*, participativa en eventos culturales, como lectora de sus poemas y mención de estos en diferentes emisoras de radio de Latinoamérica, Paqui Jiménez sigue así su andadura con la poesía.



HERMOSAS CICATRICES

El alma anda descalza y soporta un goteo constante sin control, autónoma y perdida, un agujero blanco la perfora, es el amor. Es entonces cuando respira la piel.

Las cicatrices ven las cosas de otra manera, con simetría dolorosa, son las señales del tiempo y del pozo de las ausencias.

Escribe los nombres y los recuerdos que yacen bajo nuestra piel escamosa.

Soy poeta viajera, las mías existen en las letras del viento. En la noche inquieta, en los atardeceres huérfanos.

Se arrugan en papeles editados y en borradores de años. Cada instante de nuestra historia son soles y otras lunas. Se filtran en las emociones para recordar, para volver.

Escribo bajo una imaginación hábil; permitiendo limpiar impurezas, los descosidos y la pérdida, aunque los huesos estropeados,

me hacen sentir significados razonables porque, la fuente no es anónima, ni extraña.

Conozco bien al corazón, manda señales claras, a veces

Confusas, y seguimos vivos e inspirados para crear una nueva hostilidad. O una feliz vida.

Las cicatrices a veces no son vivibles, cuando lo son, es porque el alma nos dice: «Llora y sonríe», es una mensajera diaria.

Estar atentos a las miradas nos llevará... a nuestro propio espejo.



SARA

Sara Díaz Tavío, nació en San Miguel de Abona, pero lleva toda su vida viviendo en Candelaria.

Apasionada de la literatura. Considera la lectura una forma de felicidad.

Obtuvo el Tercer Premio de Creación Literaria del concurso premios al Arte del Ayuntamiento de Candelaria de 2021.

Formó parte de la Escuela Literaria del Sur y, ahora, del grupo de amigos Escritores 2020, y del Club de creación literaria de Tamasma Cultural.

Ha participado en diferentes talleres de escritura, además de en clubes de lectura.

Ha compartido escritura en la antología, El Canto de la Alpisa, publicación conjunta con los compañeros de Tamasma Cultural. Amante de la naturaleza, y gran enamorada de la Historia y las tradiciones de su tierra.



CANARIAS

Dice una antigua endecha guanche:

Aicá maraga,

Aititú aguahae maica guere, Demacihani neiga haruuiti alemani.

«Sé bienvenido hermano: Mataron a nuestra madre, esta gente forastera, pero ya que estamos juntos, hermano, quiero casarme, pues estamos perdidos».

En silencio observo y escucho el rumor del alma de las piedras, rocas golpeadas por el mar. Y viajo con las alas abiertas por encima de valles, cumbres y agua salada. Junto el pasado, el presente y el futuro.

Alaridos de tambor herido, chacaras que suenan al viento.
Mar de lava.

Estrellas colgadas sobre el Teide, dormido.

Vasijas entre la tierra, olvidadas.

Rastro de conchas, perdidas.

Spartocytisus supranubius (retama del Teide).

Echium wildpretii (tajinaste rojo).

Dos tesoros escondidos sobre el mar de nubes.

Corre el agua por los barrancos, murmurando el nombre de Dácil y el capitán Castillo, y lo callan al llegar al mar.

Sobrevuelan los cernícalos los riscos, donde anidan las llamadas historias, que aún quedan por contar.

Susurros, que escapan de las entrañas de nuestra patria, liberando misterios desconocidos. Rezos de bondadosas brujas santiguadoras se elevan entre los pinos, expulsando males.

Beñesmen en agosto.

Día político de Canarias, 30 de mayo.

Todavía en el horizonte se dibuja la esperanza.

LOS ÁNGELES Y LOS BELENES

Acompañaba a su amiga al centro comercial. Y, mientras, buscaba y rebuscaba regalos en las pequeñas tiendas de los grandes corredores que iban en todas direcciones, bajo un diluvio de villancicos anglosajones que invitaba al consumo excesivo, más que a otra cosa.

En la calle hacía casi treinta grados en pleno mes de diciembre, todo gracias al cambio climático provocado por la ambición consumista y sin sentido de la humanidad. Según Marina entraba y salía de una a otra tienda, ella contemplaba los adornos navideños bajo aquel chaparrón de decibelios. Unas tandas de angelitos tocaban la trompeta o el arpa otros formaban un semicírculo, a modo de coro, como si ellos fuesen los que cantaban aquellos ensordecedores estribillos. Los querubines sonrientes, de cara dulce y amable, bondadosa e inocente, de pelo rubio ensortijado, ojos azules, manos y pies regordetes, le trajeron a la memoria otros serafines de su infancia, los que guardaba su abuela en una gran caja de cartón. Esas figuras estaban hechas de masa de papel pintada a mano. La casa se llenaba de aquellos rostros enfadados y despeinados. Algunos tenían las manos juntas sobre el pecho, simulando oración, como mensajeros de Dios, aunque parecían más mensajeros del Demonio. Recordó como a veces ella los colocaba de cara a la pared, intentando no ver su expresión malévola y perversa.

Unos días más tarde montaban el árbol navideño, que se cargaba con bolas de colores y los pequeños regalitos hechos en casa con cajitas de fósforos, culminándolo con espumillón plateado. Eso, junto con los niños de San Ildefonso, cantando la famosa lotería del Gordo en la radio, daban el punto de

partida a la navidad para ella y, seguramente para miles de niños.

Entraron en una gran tienda de juguetes que, como todas o casi todas, formaba parte de una cadena. En la entrada había un nacimiento repleto de figuritas pequeñas, luces en las casitas, las aspas del molino se movían, el agua del riachuelo corría, el herrero inclinaba su cuerpo sobre un yunque... Ante él se agrupaban los niños, que observaban con detalle todos los personajes y cosas que había en la representación.

Le vino a la cabeza aquel peculiar portal de belén que montaba su tía en casa. Recordó a María Papa Huevo, el personaje llevaba una cesta con doce huevos en ofrenda a Jesús, y la famosa Concha, que ofrecía unas copitas de postre que su tía sacaba de la alacena, donde la abuela guardaba la vajilla buena, y las llenaba con garbanzos, lentejas y arroz. Más allá estaba Cho Juan, el pescador, que llevaba un par de latas de sardinas en aceite como ofrenda. Maruca tenía a sus pies un pequeño mantel a cuadros y encima reposaban una pera y una manzana, otro personaje ofrecía unos turrones, que seguro estaban en la casa desde las últimas fiestas de la Virgen. El molino de cartulina, sobre una caja oculta por una tela marrón, hacía las veces de montaña; más allá, se alzaba una extraña palmera, que parecía más un insecto que un vegetal, y bastante lejos los Reyes Magos portaban entre sus regalos para el Niño Jesús: una tableta de chocolate La candelaria, una bolsita de peladillas y una latita de aceitunas La española con pipa. María era grande y rubia, de pelo corto, y san José llevaba una barba postiza sujeta con cinta adhesiva. Pegadas a la pared había estrellas de cartón, pintadas de azul, junto a la Estrella Polar.

Recordó cómo Socorrito, la hija de doña Amparito, en una ocasión le preguntó sí su tía ya había montado el belén de los lisiados. Entonces, ella la miró con enojo y contestó:

—Mi tía dice que es una recreación perfecta y muy artesanal.

Socorrito se rio con sonoras carcajadas y le soltó entre risotadas:

—Muchacha, el belén de tu tía es el más feo que he visto en mi vida. ¿Dónde has visto tú un portal de belén hecho con cajas de muñecas viejas?

Socorrito era muy burlona, lo había aprendido de su madre. Tenía unos cuantos años más que ella y solía escuchar las conversaciones de los mayores. Cuando iba a comprar a la venta, la miraba con burla y le decía cosas como:

—llevas los zapatos puestos al revés, te pareces bastante a la estrambótica de tu tía.

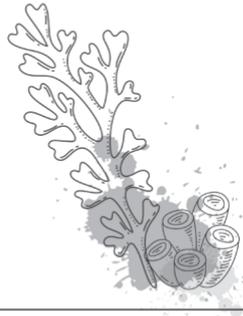
Ella se quedaba pensativa, pero no le molestaban esas tonterías porque sabía que Socorrito tenía fama de chismosa y de cuentista.

La verdad es que aquel portal era único, Su tía se las apañaba para poner trajes con capas a las muñecas que les faltaba una pierna y ocultar así ese defecto; si había alguna con un ojo cerrado, que no se abría ni inclinándola mucho, se las arreglaba y terminaba haciendo que el ojo se mantuviera abierto; incluso a las que le faltaba el pelo quedaban perfectas ya que, con unos pañuelos o con vistosos mantos, lo solucionaba. A ella siempre le pareció admirable la entrega de su tía. Desde que comenzaba el mes de diciembre, todas las tardes, mientras oía el rosario por la radio, trabajaba en el belén.

Sonrió al recordar, aquel día en que la tía le iba a preparar la cena, pero no encontró huevos en la huevera, y le dijo:

—Voy a cogerle prestados unos huevos a María Papa Huevo, y mañana se los repongo.

Su tía era una mujer valiente, solitaria, de carácter fuerte y muy presumida. Contaba unas historias raras e increíbles. Le gustaba ir a coger lapas cuando la marea estaba baja y cuando había mala mar, iba a la orilla para que el oleaje la llenara de marea, pues decía que el yodo que traía el aire era bueno para los pulmones.



TERE

Teresa Herrera González nació en Santa Cruz de Tenerife, el 24 de octubre de 1969. Es diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad de La Laguna. Actualmente, trabaja como Técnico de Gestión de la administración civil del Estado para el Servicio de Empleo Público Estatal (SEPE).



POEMA N.º 1

Arte – facto. Mi tiempo
va más lento; me
gustaría, saber cómo
hacer de mi vida
cuatro. Se me escapan
los minutos, las horas,
sin fruto. Y el
cansancio dobla,
inclina, hinca mi
voluntad. Siento el
peso de unas alas que
no se abren; y ni
ranúnculos ni lotos me
salvan de las burlas de
Saturno.

POEMA N.º 2

Hoy has vuelto a mí, ya no te esperaba; ya nunca te espero. Mi piel se seca desesperada, se agrieta y cuartea igual que la tierra en un desierto. A mi cara le falta el pretexto que me robas. Eres preciosa; tu color, el más intenso; y llegas, gloriosa, generosa hasta hacerme rabiar por tu descaro. Eres lluvia que haces de mí una gota. Eres la vida que me abandona, la cuenta atrás de un reloj en hora, quizá la última uva de un racimo de Nochevieja, vieja, vieja...

POEMA N.º 3

*Enhébrame la aguja que no
veo. Ayúdame a hilvanar.
Entre punto y punto cabe un
difunto.*

No recuerdo piel más blanca,
ni mejillas más sonrosadas,
ni sonrisa más clara, ni ojos
más brillantes.

Madre

POEMA N.º 4

Física

La máquina me pregunta si
soy una máquina.

Y es que mi reino no
es de este mundo.

Ando en él
lo justo;
del resto,
me pierdo, me diluyo
en caminos
que se descomponen,
igual que la luz a
través de un prisma;
que mutan
para ser otra cosa,
igual
que cuando suenan al tiempo
dos notas.

POEMA N.º 5

Hay quienes nacen grandes y
van menguando con los años.

Es triste verlos
despeñarse por los barrancos;
ver

como pierden el firme,
como la propia tierra se
desprende de sus raíces
porque ya no le queda alimento que brindarles.

Y luego hay otros que
nacen
chicos y acaban, enormes;
como drago lleno de
flores.



TOÑI ALONSO

Antonia María Alonso Rodríguez, Toñi Alonso. Apasionada de la literatura y genealogía, Toñi es miembro de la Sociedad Genealógica y Heráldica de Canarias, coautora de Tomás Cruz García, Genealogías del municipio de Candelaria, Tenerife. Colaboradora de la revista Cultural Tamasma, ha participado en diferentes talleres literarios.



MI CUERPO

Es una luz tenue que
con su soniquete me deja seca inerte y
vacía.

Esa música lánguida
araña el alma y
consigue apagar hasta
la vela encendida.

No quisiera escucharla,
no quisiera sentirla,
pero se agarra a mi piel
y me consume.

¿Qué hacer cuando las fuerzas
no están?
Cerrar los ojos y respirar.

Ya más tarde podré gritar.
Ya podré saltar.
Y desaparecerán los quejidos,
los dolores y las lágrimas

Solo tu abrazo cálido me
despertará y cubrirá.

DESPUÉS DEL SILENCIO

Tras el sonido del cierre de la puerta, mi corazón galopaba como hacía tiempo no ocurría. Esta vez, guiada por mi intuición, sabía que era diferente; esta vez, actuaría.

José se marchó a su cita, de la que yo mostré poco entusiasmo y nada quería saber. Mi actitud, desde luego, evidenciaba desacuerdo y como siempre, mi silencio. Siempre callo cuando no me gusta algo; debería hablar, reprochar, enfadarme... pero no soy así. Mi actitud, como siempre, silencio. Además, era la segunda vez en los últimos meses que programaba una salida con su amiga, que tanto lo necesitaba ahora que pasaba por una crisis matrimonial. Ja, y yo que me lo creo y le tengo compasión.

Ese día, en silencio, me propuse actuar. Dedicué las siguientes horas a ordenar las plantas del jardín, a tomar el sol y oír música; cómo me gusta Arjona, melancólico, romántico y muy reivindicativo. Tardé el tiempo justo para llegar a la hora de la sobremesa. Me vestí, cogí el coche y fui directa al apartamento de la playa. Por qué, elegí ese destino, no lo sé bien; mi intuición seguramente.

La llave se desliza con mucha facilidad, en silencio. Al otro lado de la puerta, se perciben voces tenues, sigilosas, y alguna risita cómica. Allí estaban los dos, tendidos semidesnudos en el balancín del balcón, mientras los rayos del sol otoñal luchaban por no irse. Ni siquiera me oyeron, avancé a través de toda la habitación y se hallaban tan embelesados que no me oyeron, se asustaron cuando pronuncié:

—¡Lo sabía!

Como si se tratase de una visión me miraron, y se hizo un silencio incómodo. No me gustan las escenas, así que solo dije:

—¡Que te aproveche!

No logro recordar los momentos siguientes, mi mente me protege. Aunque tengo la vaga idea de haber regresado a casa y llorar. Luego, hacer un brindis con el vino guardado para una ocasión especial y que me embargara la sensación de libertad. Cuesta entender que me sintiera tan bien ya que, después de media vida juntos, después de resolver tantos inconvenientes, ahora que podíamos disponer de todo lo que habíamos anhelado, justo ahora, tomábamos caminos diferentes. Quiero pensar que, en algún momento, se haya arrepentido de pasar una velada tan cariñosa con otra que no era yo; quiero pensar que me extraña, eso quiero pensar.

Tenemos todo dividido desde hace mucho tiempo, hasta llegué a hacer testamento; en secreto, claro. Todo será para mi sobrino Ángel porque no tengo descendencia y mi gato, Claudio, no cuenta. Se llevará un chasco cuando la palme, y vea que no le he dejado nada, nada. Ni siquiera los cuadros, ni la colección de postales, ni el reloj de la abuela. Nada.

Puede que no le haya reprochado sus salidas de los jueves que, con la excusa de tener una comida con sus clientes, llegaba muy tarde y oliendo a ron. No lo dije nunca, pero siempre supe que aquellos jueves no eran para lo que él me contaba; y, de repente, desaparecieron. Me pregunto por qué no soy capaz de reclamar, de preguntar, de resolver.

Ahora poco importa, la libertad que respiro en las últimas semanas compensa todos esos momentos de tristeza. Bueno, respirar no respiro muy bien. Según mis cuentas, llevo tres días en esta UCI, pegada a un respirador artificial y con más tubos de los que logro contar. No puedo hablar y mis ojos están cerrados, pero sí puedo oír. La enfermera me habla con sumo cariño, incluso me recita poesías; supongo que alguien

le habrá dicho que me gusta mucho Machado. Pero ¿quién? No recibo visitas, salvo la de los médicos y la buena de Fanny, mi enfermera.

A parte de ellos, no he oído a nadie más.

Qué fuerte, solo tuve una semana de libertad. Un paseo por la playa, una tarde fría y esta neumonía que no quiere dejarme. Tal vez, solo tal vez, consiga salir de este silencio impuesto. Ahora que no puedo, es cuando quiero hablar. Mi vida siempre ha estado llena de contradicciones. Pero si logro respirar el salitre, juro que no pararé de reprochar, dejaré de luchar en silencio, seré ruidosa, extravagante y muy pero que muy impetuosa. Y la culpa será de este episodio hospitalario.

Si no salgo de esta, habrán ganado ellos y me iré directa al cielo, ese lugar idílico al que solo van los buenos.

Cuando pase a verme el cuadro médico, veré en qué lado del patio estoy.

MI MADRE

Sentada en el *chaplón* del patio trasero de la casa de la Herradura, mi abuela me enseñaba a coser a crochet, un pañito chico para poner en mi mesilla de noche. Mi madre avanzaba en nuestra dirección con una gran cesta de mimbre a la cabeza, donde traía las papas recién cogidas por mi padre, de la huerta de tía Maruca. Se paró debajo del granadero, donde se refugiaban las gallinas del intenso calor de junio, y descargó la pesada sereta. Luego, se acercó y, mientras bebía agua fresca del bernegal, comenzó a pedirme que estuviese atenta a todo lo que la abuela me enseñaba, ya que me ayudaría en el futuro y, así, podría ocuparme de la casa, de los hijos y del marido como era debido. Según ella, si aprendía bien, tendría una vida cómoda y tranquila.

Sus palabras sonaban a esperanza. Deseaba que yo fuera dócil, casera, que consiguiera una casa, un marido, hijos... mientras, yo la tomaba a ella como referente y les aseguro que no era nada dócil, aunque casera sí, pero también contestona y rompedora de techos de cristal. Ella y yo no teníamos la misma visión de las cosas.

Mi madre fue empresaria muy joven, abrió una venta de comestibles en su casa cuando una mujer soltera no lo hacía. Más tarde, me contó que simplemente, abrió la puerta y comenzó a vender frutas y latas de conservas, y no tuvo que enseñar papel alguno con el que su padre le autorizara a hacerlo, a pesar de que era mandato de ley. Ella no pidió autorización ni a su padre, ni a su marido una vez casado. Desde siempre tuvo habilidades suficientes para hacer todo aquello que se proponía.

En la época en la que papá se compró la moto Derby para ir al trabajo, ninguna mujer se subía a esos cacharros endiablados que hacían un ruido tan tremendo que se oía en todo el pueblo, pero mi madre se puso unos pantalones debajo del vestido y acompañaba a su marido donde él quisiera. Seguro que la criticaron mucho, pero nadie se atrevió a decírselo a la cara; era obvio, ella siempre tenía respuesta para todo. Su prioridad, era su casa, así que poco más podrían criticar.

Decir que Fabiana fue una valiente en aquellos años, es decir poco. Se arriesgó por su familia, se entregó a trabajar en cualquier labor en la que tuviera oportunidad, educó a sus hijos con humildad y sacrificio, y, siempre con una sonrisa, ayudó a los que pudo.

Cuando hace un recorrido por su vida lo hace desde el agradecimiento a la vida por permitirle todo lo bueno que le pasó, y lo malo lo refleja como experiencia. Así todo, nos cuenta anécdotas desde el cariño. Cuando María se iba a trabajar sin comer, ella le ofrecía una manzana y un plátano para el camino. Cuando hacía mala mar y no había pescado que vender, ella fiaba a sus mujeres lo necesario para que no les faltara un plato de comida que poner a la mesa. Cuando algún conocido volvía de Venezuela, allí estaba ella para acogerlo y darle aliento.

Si era ella quien pintaba las paredes de casa, si era ella quien cocinaba para muchos, si era ella quien aconsejaba y arropaba... como fijarme en otra. Yo quería ser como ella: independiente, fuerte, luchadora, alegre y muy trabajadora. Yo quería parecerme a la mejor de las madres; no quería ser dócil, pues ella no lo era; no quería ser servil ya que ella no lo era; no quería ser la esposa perfecta, fría y distante, ella no lo era. Yo quería ser como ella.

Miré a mi abuela y esta me guiño un ojo, bajó la mirada y cuando mamá estuvo lo suficientemente lejos de nosotras, susurró:

—No le hagas el mínimo caso, déjate llevar por tu instinto y serás lo que tú quieras.

Las mujeres de mi infancia fueron a mis ojos, unas heroínas bajo pañuelos y sombreros de paja.

CADÁVER EXQUISITO

La técnica del «cadáver exquisito» nos llega del surrealismo francés y consiste en que se construya una historia en grupo. Cada integrante hace su propio aporte sin saber cuál es la historia en su integridad, salvo lo escrito por el anterior participante. La suma de los textos por orden de participación genera la obra final, que no ha sido imaginada previamente.

El resultado es un texto sin razón, la revelación del inconsciente colectivo de los integrantes del grupo.

Escritores 2020 quiso también tener su propio Cadáver exquisito. Todos los compañeros participaron en este divertido juego y, ahora, desvelamos la historia resultante.



Esta foto de la escultura *La Mani* de Massimo Clerici y Doriám Battaglia, sirvió de inspiración para comenzar el *Cadáver exquisito*.

CADÁVER EXQUISITO

Rodolfo, cada mañana realizaba el mismo recorrido. Tenía una rutina de la cual era difícil escapar. Su antiguo despertador sonaba a las siete de la mañana, cuando él ya llevaba media hora despierto. De un solo golpe se iba directo al baño, donde pasaba unos cuarenta y cinco minutos dedicándose a su estética personal. Empezaba por un aseo corporal: afeitado, ducha, cremas y se acicalaba con los perfumes más caros de la ciudad. Luego, dedicaba unos diez minutos para que su pelo estuviera perfecto, justo como le gustaba a él.

A continuación, se vestía de un color informal, pero eso sí, siempre con aquella chaqueta marrón, que tanto le abrigaba en los días fríos, y que comprara en aquella ciudad perdida del norte de Italia.

Esa chaqueta de gran valor sentimental para él, le recordaba la primera cita que tuvo ante aquella escultura con su primer y único amor de su vida. Su mente se niega a borrar la imagen de ambos subidos en aquella mano gigantesca, con apenas dieciséis años. Siempre pensaron que era como ofrecer su amor, como comer en la palma de la mano del amor, de ese único amor. Él solía subirse y sentarse en el dedo anular como señal de triunfalismo y poder, para exhibir sus habilidades. Aquello mostraba toda su energía y alegría. Mientras, ella se tumbaba en la mano extendida lánguida, abandonada, soñadora.

Cada mañana salía de su casa a las ocho y media para tomar un café en el local de abajo, una cafetería muy céntrica de Lobardy, su ciudad natal y la que lo vio crecer.

La pareja de novios terminaba su excursión diaria en aquella escultura, no sin antes pasar por el bosque del amor y dar

de comer a los cisnes del lago Como. Todo era amor y sensibilidad y el paisaje, abarrotado por los cientos de especies de aves que animaban en aquel entorno idílico, lo convertían en un lugar secreto, en un tesoro.

A él cada mañana se le podía ver ante el monumento, mirando desde atrás, como si estuviera viendo algo que él solo podía contemplar.

Permanecía ante aquella obra por un tiempo indeterminado, siguiendo su costumbre habitual. Desde la muerte de ella, había decidido incluir a diario el rito de la parada ante la escultura. Le pillaba de camino al despacho, y era una oportunidad que se concedía para interiorizar, en una mezcla de melancolía y agradecimiento.

No obstante, Rodolfo no era un hombre nostálgico ni inclinado a la evocación del pasado. Diríase más bien que era pragmático, conquistador, un bon vivant con ciertas rutinas adquiridas. Tampoco tenía una gran variedad de sentimientos, quizá por eso gustaba de llevar aquella chaqueta marrón, pararse ante aquella escultura y evocar recuerdos de aquellos años en que se sintió más vivo que nunca, gracias a aquel primer amor.

Una vez que reanudaba la marcha, camino a su oficina, lograba dejar atrás cualquier atisbo del pasado. Atravesaba el parque y con cierta diligencia se dirigía a su destino, pero no se apresuraba en exceso, ya que era el jefe del despacho de abogados, y, aunque era el último en llegar por la mañana, sabía que infaliblemente se quedaría hasta la noche trabajando y poniendo en orden distintos asuntos.

En realidad, la vida de Rodolfo se hallaba reducida al ámbito laboral y poco más, ya que permanecía soltero, para su propia comodidad, aunque eso no significaba que renunciara

al sexo, y repartía el resto de su tiempo entre la práctica de algunos deportes, como el frontón o el ciclismo, y a ciertas actividades sociales con la familia y amigos que le procuraban distracción.

Muchos años de su vida fueron parecidos, y diríase que hasta intercambiables. Sin embargo, algo insólito sucedió el día que cumplía 57 años, mientras meditaba frente a la estatua. Sintió, como un rayo, la voz de Cósima hablándole desde sus adentros. Pudo reconocerla claramente, diamantina, como si la tuviera frente a sí en una conversación normal. ¡Cuántas no tuvieron de jovencitos en aquellas manos inmóviles...! En esta ocasión, a Rodolfo se le erizó la piel al sentir que ella le estaba haciendo una petición.

—Cariño, no sabes lo que te echo de menos, no tienes ni idea. Cada día, vengo a sentirte, rodeando las manos, dibujando cada dedo, bordando cada instante que pasamos juntos.

He intentado conectar contigo miles de veces... Por fin nuestras manos, la esfinge que siempre fue testigo de nuestros mejores años, nos vuelve a conectar...

Cada vez que te he visto ahí impávido, sentado, siempre que he visto una lágrima rodar por tu piel... No sabes, amor, no sabes... qué difícil es tenerte tan cerca y no poder acariciarte, ni estrecharte en mis brazos, limpiarte el rostro y decirte que estoy bien, que te amo profundamente y que pase lo que pase siempre te esperaré.

No importa el tiempo que pase, no importa la distancia, siempre, siempre estarás conmigo... Y hoy nuestro deseo ha traspasado barreras...

No, ¡no estás loco amor! ¡No estás oyendo voces! Es tu fuerza, tu empeño, tu voluntad lo que me ha mantenido aquí enredada en estas manos...

Pero ahora que por fin me escuchas, y no hay mucho tiempo, tengo miedo de desaparecer, y tengo que decirte algo importante.

—Pero ¿por qué te vas, si te necesito?

—No, cariño. Debes seguir tu vida, debes ser feliz. Aunque antes debes de saber algo muy importante.

¡No fue un suicidio! Nunca te hubiese dejado, sabes que te amaba profundamente, que era sincero lo que teníamos. ¡Escucha bien! Fue un asesinato...

—¿Cómo?

—¡Escucha! Fue tu compañero de trabajo. Descubrí documentos que nunca hubiese querido que salieran a la luz, él fue el que planeó mi muerte. No, no me mires así, amor. Ahora tienes que ser fuerte y descubrirlo, hacerle caer en la trampa y planearlo muy bien. Te ayudaré, pero no puede descubrirte, hay que hilar muy fino... Primero debes ganarte su confianza. Acércate a él poco a poco, como por casualidad; no tengas prisa. No te adelantes a decirle nada, ni mucho menos a demostrarle nada. Recuerda que, para que este plan funcione, debes de ser muy frío y calculador. Cuando ya te hayas ganado su confianza, ofrécele quedar un día a tomar algo y ten preparada una grabadora de voz o una cámara de vídeo. Antes de que llegue, ocúltala para que no se dé cuenta, y después de un par de copas, comienzas a hablar de parejas, y de mí, de forma positiva. Cuéntale cuánto me querías y lo mucho que te ha dolido mi partida, cuéntale lo especial que fue nuestra relación todo el tiempo que teníamos planeado envejecer y morir juntos, pero que no ha podido ser. Cuéntale lo enfadado que estas porque la vida, el universo, Dios o quién sea, me arrebató de tu lado. De esta forma, comenzarás a ablandar su corazón si lo tiene su conciencia si es que la escucha, y

removerás sentimientos en lo más profundo de su ser que le llevarán a sentirse culpable, y puede que hasta a arrepentirse por lo que me ha hecho, por ser el causante de apartarme de tu vida y acabar con la mía de modo tan cruel. Luego, cuando lo veas compungido, cambia un poco el tono y comienza a enumerar algunos de mis defectos, a mencionar lo mal que te hacía sentir cada vez que te decía que no fumarás, o que te criticaba algo pese a que lo hacías con esfuerzo, añade algunos defectos más sin pasarte y, entonces cuéntale de que mi peor defecto era la tozudez. Dile que lo investigaba todo y que lo llevaba hasta las últimas consecuencias, que cuando algo me daba en la nariz, seguía su rastro hasta el final, eso nos hubiera ocasionado muchos problemas a los dos, porque me metía en asuntos que nos afectaban directamente sin poder evitarlo. Explícale que tenía que seguir, investigar, preguntar, averiguar, hasta que daba con el origen del culpable o la solución. La idea es que crea que estás confesándote con él, que le estás contando cosas de las que no habías hablado nunca con nadie, que sienta tu confianza, tu complicidad, a ver si se anima a soltar la sopa, y te da alguna pista o se delata admitiendo que fue él quien acabó con mi vida, y cómo lo hizo. Te recuerdo, de nuevo, que debes mantener la cordura, convertirte en un gran actor y no dejarte arrastrar por los recuerdos ni por los sentimientos. Una vez obtenida esta grabación, lo que puede suceder en esa primera cita o en alguna sucesiva, investiga dónde tiene los papeles. Los conserva, estoy segura porque no se atrevería a desprenderse de ellos, ni a destruirlos. Tienes que conseguir la manera de acceder a esos papeles y hacerte con ellos, ya que son la prueba irrefutable de sus delitos, a los cuales podrás añadir, las de que es el verdadero asesino de tu amor. Él nos separó y no nos permitió continuar nuestra

historia. Por miedo a las consecuencias de que yo obtuviera esa información, prefirió acabar con mi vida sin importarle el daño que te hacía, que nos hacía... Se nos acaba el tiempo... confío en ti... te estaré observando... Espero que tus acciones resuelvan toda esta situación para poder descansar en paz...

Hola, te envió este correo porque he llegado a casa y estoy sentada en mi sillón favorito, con un café con leche y en pijama. Estaba todo apagado y la casa fría, por lo que he encendido la estufa. Miro por la ventana y está atardeciendo, hace frío y la bruma casi no deja ver más allá del peral que plantó nuestro abuelo. He leído la carta que dejaste para mí en el buzón. El universo está de nuestra parte, él se encuentra de viaje.

No tengo un buen día, querida cuñada. Hoy ha venido el abogado haciendo preguntas y buscando pruebas por todas las habitaciones. Tu casa está precintada y no se puede acceder sin autorización para no interceder en las investigaciones. Tu desaparición es muy dolorosa y desconcertante. Estamos seguros de que te escondiste en un lugar de las islas cercanas, o así lo deseo; espero que puedas leer este correo.

En la casa de los abuelos huele a tea. Siento el crujir de la madera. Las paredes blancas, casi sin cuadros, están llenas de sombras. En la alacena siguen las botellas de cristal de la abuela, sus vasitos, su bombonera y sus tazas de café. En frente tengo la mecedora del abuelo y, en la mesita auxiliar, aún continúan sus gafas y su último periódico.

Sigo observando la sala, y me parece escuchar tu respiración, tus risas y contemplar tu mirada brillante. Tu pelo negro que cae por los hombros, que mueves con un suave balanceo, y huelo tu perfume a algodón, jazmín... Cierro los ojos y te oigo decir: «Hay quienes aspiran ser y quienes son desde que nacen». Nos incluías a las dos en los segundos y reíamos a

carcajadas; ambas teníamos claro nuestros principios. Éramos con solo ser y estar.

Tengo tu foto en la mesilla de centro, junto a la orquídea que me regalaste y la maleta de viaje que me enviaste casi vacía, solo con una grabadora dentro. Aprieto con fuerza entre mis manos la taza caliente y respiro. Mañana viene mi hermano de su viaje de trabajo, y estaré aquí esperándole. Le sonreiré, le susurraré al oído que le he echado de menos y le invitaré a la sopita de suspiros que nos enseñó la abuela, un pescadito a las finas hierbas y una copita de licor. Todo aderezado con nuestra pócima parlanchina para que hablen sus ojos, sus manos, su pelo, sus pies y que sus labios articulen señales por las que pueda conocer dónde estás y qué te ha pasado.

Grabaré mi mueca con sus respuestas para que lentamente se cocinen las palabras purpuradas y saborear las dos la revancha enlazada.

La Policía seguía buscando, aunque no aparecía ningún rastro de ella, nada que proporcionara una pista con la que continuar o, más bien, empezar.

Mientras, había que encontrar la calma y los buenos recuerdos del pasado eran un buen refugio, ya que daban paz y serenidad a la espera de nuevos acontecimientos.

Miré por la ventana la higuera, aquel magnífico árbol que recordaba desde mi más tierna infancia, donde la abuela pasaba las tardes de verano liada con su labor y el movimiento de sus generosas y hábiles manos construían, a veces una preciosa colcha y otras, un delicioso tapete. Siempre que oía nuestro bullicio sonreía y sacaba del bolsillo de su delantal un puñado de caramelos, aquellos dulces de café con leche. Recuerdo su envoltorio de papel blanco con un dibujo de la típica cafetera

italiana. Mirar atrás, hacia la tierna niñez, agasajada con tanta familia, con tanto amor... Describir los veranos, las fiestas, los cumpleaños.

Caminé de nuevo hasta la mesa de la cocina, allí había dejado el teléfono móvil. Lo encendí para comprobar si tenía algún mensaje nuevo; nada, no había mensajes. Aproveché el momento y abrí las páginas de prensa para leer las noticias. Uno de los periódicos digitales lanzaba, en su primera hoja, la información de una nueva muerte violenta, una mujer asesinada a manos de su pareja. Me sobresalté al leerlo, la preocupación que sentía en aquellos momentos se mezcló en mi cabeza. El tiempo pasaba lentamente y los hechos y la necesidad de datos, de algo bueno o malo, de alguna señal que hiciera desaparecer la voraz incertidumbre que magnificaba los hechos aún más.

Me recogí el pelo en una cola alta, introduje el móvil en el bolsillo del pantalón y salí al patio. Me acerqué al grifo, enchufé la manguera y me dispuse a regar los rosales, el perejil, las azucenas, la hierba buena y el toronjil. Cómo disfrutaba regando las plantas del patio, aquellas que había plantado la abuela y que aún continuaban allí. Qué legado tan magnífico habían dejado los abuelos. Recordaba al abuelo podando las parras, preparándolas, mimándolas para que diesen una buena cosecha. Cuando vendimiaban y llevaban las uvas a pisar, el abuelo me quitaba los zapatos y me elevaba, poniéndome dentro de la pila donde se escachaban las uvas. Era tan divertido, el abuelo canturreaba mientras dábamos pisotones a los racimos, exprimiendo el jugo de la fruta.

Cuánta sabiduría sumaban los abuelos. Hacían infinidad de cosas y estaban como sincronizados. Todo lo creaban con un orden tan cronométrico y, sin necesidad de hablarse casi,

sabían lo que tocaba hacer, cosa tras cosa. Secaban los higos, salaban pescado que el abuelo trocaba por botellas de vino. Ahora, desde la distancia, reconozco el valor de aquel amor y aquella complicidad de los abuelos.

Recuerdo cuando el abuelo salía también al patio con un libro de poemas en la mano y se sentaba al lado de la abuela por las tardes. Se ponía aquellas diminutas gafas, recitaba en voz alta y ella escuchaba en silencio aquellas declamaciones sentidas, emocionada, consternada y muy enamorada. Qué afortunada fui de vivir todos aquellos momentos y experiencias en mi niñez. En mi bolsillo el teléfono vibró, chillando su melodía, lo que me sobresaltó y me devolvió al presente, consiguiendo que el corazón se me acelerara.

—¡Hola! ¿Sabes algo? — le pregunté a mi amiga Elena.

—No, parece que no han encontrado nada. Me he asustado pues estaba medio adormilada, recordando a mis abuelos, cuando ha sonado el teléfono.

—¡Ay lo siento! Bueno pues seguimos esperando, un beso.

He colgado tras oír al otro lado la despedida de mi amiga y las palabras de esperanza de que apareciera la joven vecina a la que buscaban desde hacía días. Todo eran especulaciones al respecto. Ahora en el bar Radazul Alto, la gente se saluda cuando entra, echa una mirada a la televisión a ver cómo sigue el avance del volcán de La Palma, y consulta al camarero sobre la desaparecida. Este, como si fuera el psicólogo del barrio, con voz tranquila, respondía:

—¡Tranquilos! Que en cuanto tengan algo, lo dirán.

Yo le he pedido un barraquito con azúcar moreno, y, en un aparte, me ha comentado que el helicóptero de la Policía ha estado dando vueltas durante toda la mañana y ha visto bajarse a cuatro personas, dos hombres y dos mujeres. Cree que

se trataba de inspectores que peinaban la zona porque los oyó decir que faltaba por mirar un barranco. Y me ha espetado:

—Así que, a tener paciencia.

Mientras, me tomo el café con la poca leche que tiene el barraquito especial, con su cáscara de limón y un poquito de Licor 43. Me imagino la desesperación y la tristeza de la familia que espera a esa joven, madre de dos niñas al faltar, sin previo aviso y repentinamente de su domicilio desde hace diez días. Su marido por un lado y sus padres por otro pedían ayuda en la televisión y en los periódicos a cualquier persona que la hubiera podido ver aquella tarde en que oscurecía tan pronto, la última vez que salió de su casa.

¿Qué habría ocurrido, para que no hubiera dicho a dónde iba ni dejado ningún mensaje?

Me voy enredando en mis pensamientos y en el ambiente de tristeza y crispación de estos días tan aciagos, con lo de la tragedia de las casas y todas las pertenencias de los palmeros, de Las Manchas, Todoque y el Valle de Aridane, sin que se pueda hacer nada. Asombrados, presenciamos la lava candente destrozando viviendas, carreteras, colegios, iglesias... a un cono volcánico escupir kilómetros de fuego y gases y su estruendo atemorizar a todos los habitantes de aquellas fértiles tierras de cultivo del plátano, ahora convertidas en negros augurios para esa pobre gente que no entiende cómo se puede vengar el volcán de Cumbre Vieja de los que moraban desde siempre su falda.

A ratos me acordaba de la joven desaparecida, cuya foto sus familiares habían publicado, una chica rubia que sonreía plácidamente. «Qué tristeza tan grande» pensaba. «En un momento estás bien y la felicidad te abraza y, de repente, desapareces y nadie sabe nada de ti, y la zozobra cierne malos presagios».

Como si se tratase del despertar de una pesadilla infantil, sacudí la cabeza y salí con paso firme del bar Radazul Alto, convencida de que tanta negrura no puede traer nada bueno.

Sin pretenderlo, termino en el parque de mi urbanización. el drago hermoso del comienzo de la calle me da la bienvenida. Su floración, que todos admiran por repetirse de forma inusual, me obliga a levantar la vista al cielo y ahí está el sol, escondiéndose tras las montañas del valle. Ahora me doy cuenta de que los atardeceres desde este lado son verdaderamente bonitos.

Quisiera cambiar la realidad, quisiera creer que esa mujer está en su casa, con sus niñas, y que no tiene a toda su familia preocupada por ella. Quisiera creer que la lava se detuvo y no llegó a destruir la vivienda de mi amiga Nieves, quisiera creer que la luz de este atardecer lo cambia todo, lo ilumina y lo transforma.

¿Y por qué quiero maquillar lo que nos pasa? No será mejor respirar profundo y luchar por cambiar lo que se pueda. En cuanto llegué a casa, me preparé un té y, listín en mano, llamaré al ejército de amigos que poseo y organizaremos un batallón de ayuda para La Palma. No puedo cambiar la dirección del camino destructor de la lava, pero sí dar una oportunidad nueva a alguna de esas familias; para qué, si no, tengo una de las mayores empresas de distribución. Para algo bueno servirá tantas horas dedicadas al transporte. Además, ahora que lo pienso, Márquez, mi antiguo compañero del colegio, trabaja en la Policía y que siempre hemos mantenido una cordial amistad. Le llamaré, claro que le llamaré, y voy a proponerle publicitar la fotografía de la joven desaparecida en todos nuestros vehículos. También iremos a la Península, ya que no siempre la televisión llega a todos los lugares, pero un camión

de reparto, sí. Un golpe en la ventana me ha despertado. El cansancio se apoderó de mí y me he dormido, sentada en el sillón del despacho. Las hojas con nombres, direcciones y teléfonos están dispersas por el suelo, pero ha valido la pena. Ya está todo en marcha, mañana comienza un día especial, aunque tendré mucho jaleo, soy consciente de ello. Bueno, mañana ya es hoy, porque el reloj americano, heredado de mi abuela, ha dado las seis. No tengo idea de cómo acabarán hoy los noticiarios, pero el día comienza con energía. Muchos cuentan conmigo para dirigirlos y sentirnos útiles. En fin, qué poco nos cuesta ilusionar y aglutinar cuando vamos en la misma dirección. Tomaré mi *cafileche*, y saldré con la mejor de mis sonrisas. También me acompañan mis ojeras, fruto de la falta de descanso. Todo no puede estar perfecto.

Y, sin quererlo, llegó a mis recuerdos aquella persona tan peculiar que me enseñó que todo es posible.

«Las arterias se bifurcaron en la mente, sus ojos se llenaron de lágrimas, secó su frente y limpió sus manos. Estaba exhausto, cansado y tremendamente triste, porque no había conseguido que su obra fuera palpitante. Sin embargo, tenía la certeza que lo había hecho bien, estaba convencido de su trabajo y de su puesta en escena. Tiempo atrás cada trazo de metal cobraba vida, pero algo había cambiado y su talento divagaba. Ya no era el mismo, ya nada era igual, desde aquel día que entregó su corazón.

En aquella época, podía tallar enjambres de flores, ser consuelo para la pena, porvenir para un estado de existencia.

Podía engendrar melodías de ánimo, poesía en los oídos sellados, alegría en las bocas de ámbar. Podía ser verso sin rima, verso rimado y estrofas versadas; podía agarrar el dolor y soltarlo al viento de otoño, en la lluvia blanca de invierno,

en girasoles de soles de verano y en el agua fresca de primavera. Podía ser oscuridad y luz, camino de estrellas y un bosque de hadas.

Para él, todo nadaba en un mar de incertidumbre aunque, a la vez, le hacía sentirse único y feliz; cuanto le rodeaba tenía un color diferente, más brillante, animado, fácil de ver e inventaba sin parar. Su cuerpo era una corriente difícil de explicar, sus dolores de cabeza habían cesado y, en ocasiones, creía que volaba. Pensaba que aquello era la parte que le faltaba; que antes, cuánto hacía, no tenía sentido.

Dejó de ser solitario y taciturno.

Sin embargo, hoy, estaba roto y sus trozos se dispersaron por el mundo y solo existía una niebla densa y dolorosa.

Tenía que saber cómo volver, cómo hacer vida tras su accidentada creatividad.

Se integró en la materia, esa fue su decisión.

Se volvió hierro con su sangre y de su coraje fuente de vida, de sus manos palabras/inspiración.

Cuando las vidas se truncan o están en esa melancolía del ser, su obra habla; surgen raíces y tallos que te atrapan con su hechizo, te hacen sentir que la vida es una experiencia diaria y vivir es un riesgo que siempre hay que correr. Me transmite una integridad noble y en sus dedos surge la esperanza, la esperanza perdida; la caja de Pandora sigue cerrada y los demonios se esfuman bajo el estiércol de la insignificancia.

Desapareció tranquilamente para levantarse en bronce y bajo la tierra nacieron espacios de luz verde, llenando las mentes de algodones de azúcar y caminos para emprender».

De alguna manera, la muerte dio paso a la vida.

Y sí, razón tiene quien dice que «De alguna manera, la muerte dio paso a la vida». Porque el río que transporta al

poeta en sus aguas, suele ser camino de muchos recodos, que a izquierda y derecha cosechan en sus fértiles huertos, miseria y hambruna. De siempre fue así. Raro del rapsoda que llenara la nevera con el producto de su inteligencia. Más días nublados que claros. En su cerebelo, millones de estrellas alumbraban los versos, que eran puras riquezas. Aplausos, halagos, deseos de éxitos... Y luego, el silencio de los camposantos se cernía sobre ellos. Nunca más se hablaba de tal o cual poema. Era como si, en las mentes de otros, los barrieran una ráfaga huracanada, para siempre. Y el poeta cayera de su pedestal depresivo y sin ánimo de cuajar más letras. Y hablo de otros días, cuando eran pocos los locos y muchos los cuerdos. Pero hoy, tiempos tecnológicos, un ejército de seres humanos nos hemos lanzado a ser semidioses. Nos gusta crear sobre lo creado, enmendarle la plana al más grande de todos los hombres y, para ello, no escatimamos esfuerzos. Todo vale en lo que antes tenía su medida, para que no sobrara o faltara una letra al poema. Hoy, cualquiera se define como poeta por el mero hecho de juntar dos palabras. Si analizamos un poco, veremos que hay muchos poetas y poca poesía, y el arte se ha devaluado. Así que me temo que se acabarán para siempre los cadáveres exquisitos. Aquellos que en vida no vieron cumplidos sus sueños, pero fueron prohombres cuando, con alas de seda, se elevaron al propio Parnaso y dejaron abajo sus sellos.

—¡Menuda osadía! — exclama un personaje incontrolado, no invitado a este texto, tras escuchar al último participante de Escritores 2020 en su participación en el «cadáver exquisito» en la tribuna. Me carcome la sangre cuando alguien toma prestadas mis palabras, sin mi permiso, para emitir un discurso de este nivel ante una congregación tan numerosa.

Extrae una pistola del interior de su chaqueta y le insta a que abandone la sala de inmediato.

—Eres una eminencia en las letras, de eso no cabe duda, pero parece que has olvidado que las palabras son de uso público— Le replica con sorna su esposa, tampoco invitada, que aparece detrás de él.

—¡Todas las palabras son de mi propiedad! — asevera con contundencia en su trayecto a la tribuna donde, rociando la mirada sobre todos los presentes y en el participante en su huida hacia la puerta, manifiesta su amenaza con el arma apuntando al público que, si alguien más en la sala se atreviera a tejer con sus palabras; de forma implacable también le ordenaría su salida de la sala.

—Perdona, querido, pero no tienes ningún derecho a ...

—Calla, mujer — la interrumpe bruscamente — si no quieres que te expulse también a ti, pero no de la sala sino de mi vida.

—El hombre, temeroso de que su esposa no controle su incontinencia verbal a la hora de verterle críticas acerca de sus intervenciones, nunca exentas de controversia, y se vea obligado incluso a cumplir su amenaza, encañona a Juan Carlos, el autor, y le ordena que vuelva a comenzar el escrito desde el principio y que se refleje que su esposa no puede hablar. Él escritor, atónito, porque no entiende cómo se le coló este intruso en su relato, y, a la vez, amedrantado por el riesgo inminente de que pueda perder su propia vida, accede a su exigencia.

Sin embargo, cuando en este reinicio se dispone a recriminar al participante, se encuentra con la imposibilidad de hallar las palabras adecuadas para llevarlo a cabo. Fruto de la ira, propiciado por la impotencia, enseña los dientes y ruge

con ferocidad. Luego, mira a su esposa, una erudita dotada de abundante léxico y esta yace muerta en el suelo de un infarto a causa de su incapacidad para hablar. Su limitación verbal le incapacita, incluso, para ordenar a Juan Carlos que devuelva la vida a su mujer.

Sacudido por un furor desmedido, acciona el gatillo y el escritor cae al suelo con el pecho ensangrentado. En su intento de rematarlo, interviene la pluma del participante y el punto de mira de su pistola se desplaza hacia su sien. Después de escucharse un sonido estruendoso, su cuerpo cae junto al de su esposa.

Los Escritores 2020, portando un lazo negro en sus respectivos brazos, acuerdan por unanimidad reducir a cenizas el texto del Cadáver exquisito por considerarlo maldito.

En «este cadáver exquisito» han participado, en el siguiente orden: Fer, Félix, Cris, Mónica, María, Sara, Lourdes, Toñi, Paqui, José María y Juan Carlos.



